



... narrativa

poesía ...

2008

certamen jóvenes

CREADORES

madrid

ALBERTO RUIZ GALLARDÓN

ALCALDE PRESIDENTE DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONCEPCIÓN DANCAUSA TREVIÑO

DELEGADA DEL ÁREA DE GOBIERNO DE FAMILIA Y SERVICIOS SOCIALES

MARTA CAÑELLAS SÁNCHEZ

DIRECTORA GENERAL DE EDUCACIÓN Y JUVENTUD

MILAGROS DE LA CRUZ POTENCIANO

SUBDIRECTORA GENERAL DE EDUCACIÓN Y JUVENTUD

SUSANA ARMINIO PÉREZ

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE JUVENTUD

INÉS ÁLVAREZ MORALES

ADJUNTA AL DEPARTAMENTO DE JUVENTUD

ANA J. BAENA GARCÍA

JEFE DEL NEGOCIADO DE ACTIVIDADES JUVENILES

Este año 2008 se cumplen veinte años de la creación del Certamen de Jóvenes Creadores, una referencia para el arte joven de nuestra ciudad. Durante su larga trayectoria, ha conseguido un bien ganado prestigio y su repercusión va más allá de los premios que cada año se otorgan a las obras que, en opinión del jurado, han merecido este reconocimiento.

Junto con las modalidades hasta ahora convocadas -artes plásticas, cómic, diseño de página web, fotografía documental, gastronomía, graffiti, moda, música de cantautor, narrativa-relato corto, poesía, teatro y vídeo-, en esta convocatoria se han introducido dos nuevas modalidades: arquitectura y diseño de producto. En cada una de sus modalidades, el Certamen brinda una ocasión única para que nuevos y jóvenes talentos muestren su capacidad y vitalidad creativa.

El Ayuntamiento de Madrid está realizando una significativa apuesta por los jóvenes, en todos los campos. Queremos contar con sus aportaciones, con sus iniciativas, con su capacidad de innovar y crear y con la audacia de sus nuevas ideas.

Con el Certamen Jóvenes Creadores estamos abriendo cauces para que los jóvenes emprendedores y con nuevas ideas puedan iniciar una carrera artística y a través de ella desarrollar todo su potencial. Ejemplo de esta proyección es el hecho de que algunos de los que antes participaron en el Certamen hoy forman parte de los jurados.

Todos los premiados en la vigésima edición del Certamen Jóvenes Creadores han mostrado competencia y talento, al superar con solvencia cada una de las fases de selección y obtener un premio que reconoce su destreza y capacidad artística, además del esfuerzo y el trabajo bien hecho.

Este Catálogo recoge ese esfuerzo de búsqueda de nuevos cauces de expresión. Espero que otros jóvenes se vean reflejados en estas páginas y podamos celebrar su talento en el Certamen del próximo año.

CONCEPCIÓN DANCAUSA

DELEGADA DEL ÁREA DE FAMILIA Y SERVICIOS SOCIALES

JURADO

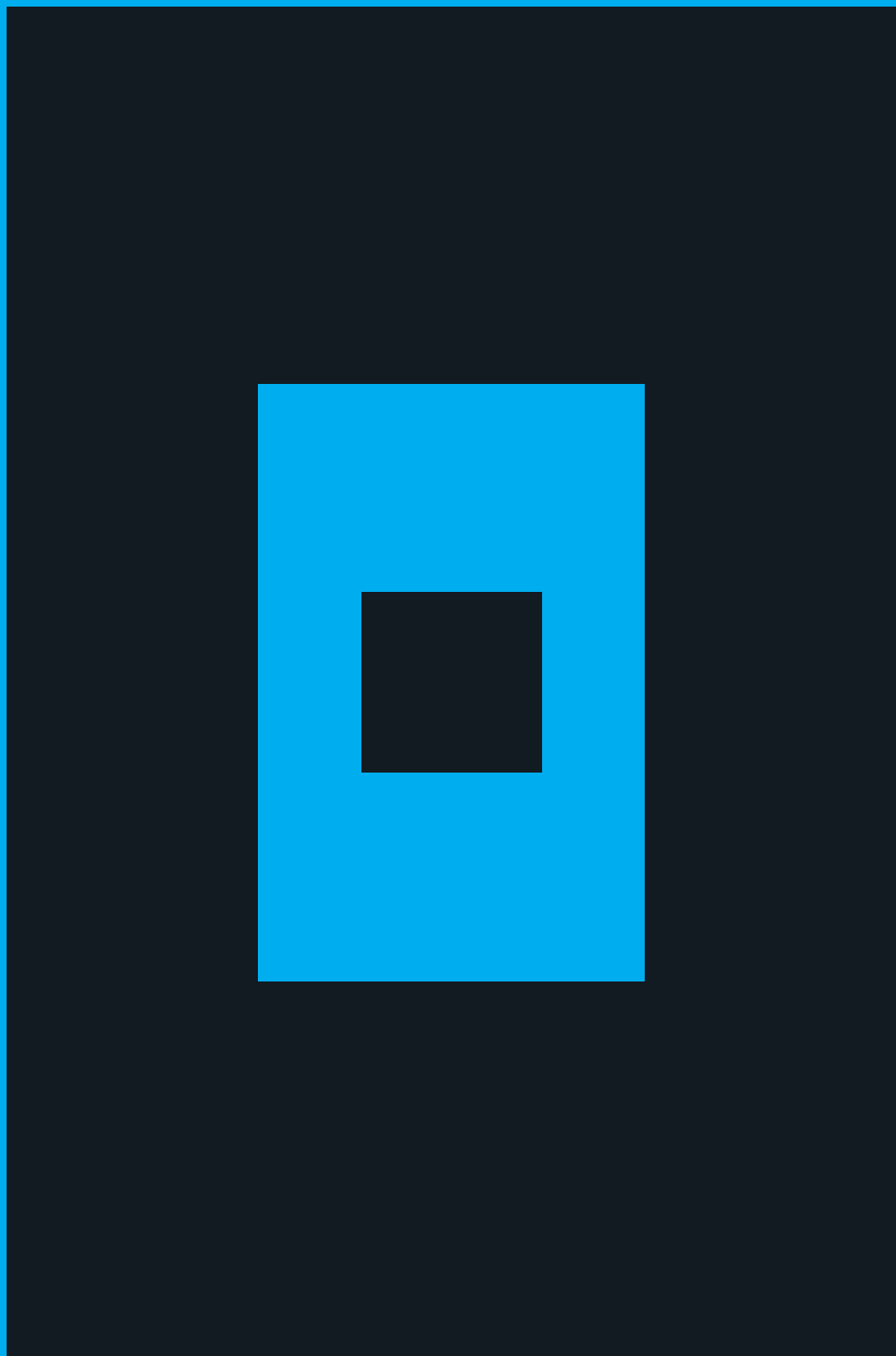
Presidenta:

Dña. Concepción Dancausa Treviño.

Delegada del Área de Gobierno de Familia y Servicios Sociales

- Dña. Marta Cañellas Sánchez
Directora General de Educación y Juventud
- Dña. M^a Soledad Madrideo Fernández
- D. Raúl Rispa Márquez
- D. Andrés Navarro García
- Dña. Lourdes Fernández Fernández
Directora de ARCO
- D. Manuel Fontan del Junco
Director de Exposiciones Fundación Juan March
- D. Ricardo Esteban Plaza
Presidente Asoc. de Editores de Cómics de la CAM
- D. Jesús Cuadrado Pérez
- D. Juan Manuel Jorge Bonet Planes
Ex Director Museo Reina Sofía
- D. José Manuel Ballester Pinillos
- D. Jesús Manuel Pinto García (Suso-33)
- Dña. M^a Nieves Villar Vives
- D. Álvaro Nicolás Ortiz Travado
Director de la coctelera.com
- D. Juan Ángel Basterra Muniain
Director Gerente de BEPIXEL
- D. Juan Francisco Sánchez Morales
- D. Antonio Morales Martínez
- Dña. M^a Carmen Lourdes Fuentes Mateos
- Dña. Leonor Pérez Pita (Cuca Solana)
Directora de Pasarela Cibeles Fashion Week
- D. Modesto Lomba Caneda
Presidente de la Asociación de Creadores de Moda de España

- Dña. M^a Rosario Izquierdo Martínez
Directora de Yo Dona
- Dña. Glenda Elizabeth Valeria Varas Silva
- D. Marcos Fernández Luengo
Director de la cadena de peluquerías “Marco Aldany”
- D. Luis Martínez de Andrés
Jefe de Producción Rokambole
- D. Felipe Santos Rodríguez
- D. Iván Ferrer Orozco
- D. Antonio Maura Barandiaran
Asesor Técnico D.G. Actividades Culturales Coordinador Premios Villa
- D. Luis Mateo Díez Rodríguez
- D. Luis Alberto de Cuenca y Prado
- D. Nere Basabe Martínez
- D. Pablo Jarauta Bernal
- D. Ignacio Jurado Nebreda
- Dña. Elvira Navarro Ponferrada
- D. Juan Marqués Martín
- Dña. Daniela Martín Hidalgo
- Dña. Elena Medel Navarro
- D. Guillermo Alonso del Real Montes
Dtor. Escuela Municipal de Arte Dramático
- D. Enrique Cornejo Fernández
Director de Iniciativas Teatrales S.L.
- D. Jesús Felipe Martínez Sánchez
- D. Pablo Echart Orús
- D. Eduardo Miguel Torres-Dulce Lifante
- D. Eloy Enciso Cachafeiro



ÍNDICE

NARRATIVA

Premios	Nombre	Página
Primero	Ana Pino Blanco	14
Segundo	Andrés Moutas de las Alas	20
Accésit	Enrique Rubio Palazón	32
Accésit	Sarah Babiker Moreno	46

POESÍA

Premios	Nombre	Página
Primero	Sofía Fernández Castañón	60
Segundo	Andrés González Andino	66
Accésit	Erik Hurtado Saura	76
Accésit	Sara Toro Ballesteros	84

PREMIADOS

NARRATIVA

PRIMER PREMIO

ANA PINO BLANCO

SEGUNDO PREMIO

ANDRÉS MOUTAS DE LAS ALAS

ACCÉSIT

ENRIQUE RUBIO PALAZÓN

SARAH BABIKER MORENO



NARRATIVA

PRIMER PREMIO

ANA PINO BLANCO

FECHA DE NACIMIENTO: 16/01/88.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Colecciona entre otras cosas saltamontes y hojas secas cuando llueve. Si hace sol colecciona plumas de gallina. Para aparentar ser normal estudia Biología y Oboe pero todo su tiempo libre lo ocupa en escribir cuentos.
- De esta forma ha ganado el II Premio de Relato Mínimo Diomedea y el XIX Certamen del IES María Moliner. A quedado finalista en el II Premio Nacional de Microrrelatos Hipálage y en el concurso Relatos en Cadena de la Cadena SER y Escuela de Escritores, que será editado próximamente por Alfaguara. Ha participado en las antologías “Al fondo hay sitio”, “Debajo de la escalera”, “Archipiélago de instantes” y “Un grifo abierto”, (Ayuntamiento de Tres Cantos).

AGUA (Y OTROS GIGANTES)

Fue hacia octubre cuando los niños empezaron a pintar las paredes de toda la casa con agua. Y en diciembre aparecieron las primeras manchas de humedad, dos más pequeñas en la habitación de los niños y una grande —entre negra y cobriza en círculos concéntricos— en nuestro dormitorio.

No me había preocupado mucho, la verdad. Alex y Sandra habían llegado felices del colegio blandiendo unos pinceles enormes. Sandra los llevaba uno en cada mano y los agitaba como limpiando el aire. Alex se había colgado uno de ellos en una presilla del pantalón vaquero a modo de espada.

—¡Alto ahí!— me dijo nada más entrar en el coche.

Tiró la mochila sobre los asientos y con el mango del pincel —casi más grande que su brazo— me apuntó a la garganta.

Sandra enseguida me pasó el pincel por el pelo, desde su asiento.

—¡Abracadabra! Venga, papá, ya está, vamos a casa— dijo.

Enseguida escuché, mientras ponía el motor en marcha, el entrechocar de sus pinceles en el asiento de atrás.

* * * * *

Dejamos que lo hicieran, que pintaran las paredes con agua quiero decir. Bueno, yo les dejé. Elena no lo sabía y yo no dije nada. Me enseñaron el sitio secreto donde guardaban los pinceles, los cubos y el trapo con el que Sandra había dormido hasta que cumplió los diez. Justo ese día me había sacado de la fiesta —Elena preparaba la tarta en la cocina—, me había llevado a su habitación y lo había cogido de debajo de la almohada. Luego me había dicho muy seria que era muy mayor y que dejaría de dormir con el trapo.

—Papá, quiero que lo guardes. Ya soy mayor. Voy a dejar de dormir con el trapo.

Pero cuando llegaron del colegio con los pinceles me lo había vuelto a pedir. Dijo que era importante.

* * * * *

Creo que la primera vez que Elena sospechó fue una mañana oscura de noviembre antes de salir al trabajo. Uno de los pinceles se había quedado encima del sofá azul de la salita. Ella arrugó la cara y me miró mientras se ponía el abrigo. No dijo nada, sólo terminó de ponerse el abrigo, se subió la cremallera hasta casi pellizcarse la barbilla y ahuecó los bolsillos. Luego se pasó la mano para sacarse el pelo que se le había quedado entre el abrigo y la espalda y se fue.

Recogí el pincel y lo volví a poner en su sitio. Desperté a los niños y mientras se vestían dejé que Alex me enseñara como pintaba un león —amarillo, rojo y verde dijo él— en la pared de su cuarto, encima de la cama. Cuando hubieron desayunado me los llevé al colegio en coche.

No se por qué, al volver hacia casa, todavía con la bolsa del pan en la mano, entré en una tienda de manualidades y me compré un estuche de pinturas.

* * * * *

Fueron los niños quienes me dijeron lo de las manchas. Se lo noté en la cara antes de salir de casa hacia el colegio pero no me dijeron nada. Fue al llegar por la tarde. En el coche ya iban cuchicheando entre ellos y al abrir la puerta y dejar los abrigos se me pusieron delante —lanzándose miradas cómplices el uno al otro— y cogiéndome cada uno de una mano, me llevaron hasta mi habitación.

—Papá, ¿puedes mover la cama?— me pidieron.

Empecé a olerme alguna travesura, no sé. Pero al final acabé moviéndola y descubrí las manchas. Eran dos, juntas, en la parte que quedaba debajo de la cabecera de la cama.

—Nos gusta escondernos aquí —me dijeron a modo de excusa.

—Esto de ahí —Sandra señalaba una pequeña gotita marrón al lado de la mancha grande— ¿lo ves, papá? ¡Papá! —me gritó y tuve que prestarle atención—. Eso es el ojo de un gigante.

* * * * *

Se fueron al salón con los pinceles. A pintar, creo que tortugas marinas como dijo Alex. Yo me quedé. Bien mirado, aquel puntito pequeño que había

■ PRIMER PREMIO “AGUA (Y OTROS GIGANTES)”,
ANA PINO BLANCO

dicho Sandra, parecía un enorme ojo de gigante. Uno de esos gigantes de cuento, como aquel con las botas de siete leguas, el que vivía en el castillo de las nubes al que se subía por unas habichuelas mágicas o los del segundo país que visitó Gulliver.

Me puse a raspar las manchas para que no las encontrara Elena. Pondría el grito en el cielo.

—¡Pero cómo has podido!— diría.

Me haría comprar pintura para taparlas. Tapar el ojo del gigante de Gulliver, al que Simbad mató en aquella isla perdida en los siete mares. Por eso decidí dejarlas tal y como estaban. Con la cama no iba a notarse.

* * * * *

Después de los leones, los gigantes y las tortugas marinas dibujaron una cebra en la pared de la cocina y pingüinos y focas sobre la bañera. Allí sólo tenían que abrir el grifo y poner el tapón y luego mojaban los pinceles, los empapaban bien de agua y los pasaban por encima de los azulejos.

Para Reyes pidieron pinceles nuevos. Tampoco se lo dije a Elena. Ella les compró un oso de peluche, grande, blanco, inmensamente mullido, que dejó en el maletero de su coche porque no había sitio donde esconderlo dentro de casa.

—¿Debajo de nuestra cama será suficientemente grande?— me preguntó antes de decidir nada.

“Debajo de la cama no” pensé yo entonces, asustado, y le hablé del polvo que debía haber allí debajo, de cómo las bacterias se subirían al oso y formarían colonias y, al final, se llenaría de manchas.

—No puedes darle el oso así a los niños —dije, y en eso se quedó la cosa.

Abrieron los regalos la mañana de Reyes, claro está. Miraron el oso gigante de Elena, se tumbaron sobre él y lo dejaron apoyado en la pared. Luego fueron con los otros dos regalos, los paquetitos pequeños cada uno con uno de sus nombres. Rompieron el papel, cautos, pero al ver un poco más allá, se les iluminaron los ojos y me miraron.

Y Elena también me miró cuando, sin pensar, los niños corrieron hacia el baño, a llenar un cacharro con agua y se pusieron a pintar las paredes allí mismo, al lado del árbol, pisando los adornos de Navidad y los papeles rotos que había por el suelo.

* * * * *

Por supuesto, Elena se enteró de lo de las manchas. Se lo preguntó a los niños cuando todavía tenían los pinceles en la mano. Yo no dije ni una sola palabra, me limité a seguirla por todas las habitaciones mientras separaba los juguetes de la pared (en el cuarto de los niños), ahuecaba las cortinas y movía —puede que con demasiada fuerza— nuestra cama hacía atrás, y descubría las manchas.

Al día siguiente me compró botes nuevos de pintura. A los niños les quitó sus pinceles, los escondió en algún lugar inaccesible que no quiso decirme.

—Hay que pintar las manchas —dijo y luego se fue a hacer otra cosa.

De vez en cuando venía, me ayudaba a colocar los papeles de periódico en el suelo, a fijarlos con cinta adhesiva al borde del rodapié.

—Tienes que pintar las manchas —me decía y volvía a desaparecer.

* * * * *

Los niños vinieron y se sentaron a mi lado, mientras terminaba de colocar unas sábanas rotas sobre la cama y sobre el resto de muebles. A mí me parecía que no hacía falta montar tanto lío por unas cuantas manchas de humedad. Los niños se habían sentado a mi lado, en el suelo, sí. Miraban la pared muy quietos, como cuando ven los dibujos en la televisión.

Entonces, no se por qué, recordé la caja de pinturas que había comprado. Fui a buscarla y mientras la abrían los niños me miraban hipnotizados, absortos.

—Papá ¿qué es? —dijo Alex.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Sandra.

No les contesté. Miraba aquel puntito marrón al lado de la mancha grande. Ese que parecía el ojo de Gulliver o el ojo del gigante, del cíclope que mató Simbad en la isla.

■ **PRIMER PREMIO** “*AGUA (Y OTROS GIGANTES)*”,
ANA PINO BLANCO

Saqué las pinturas una a una de la caja y las coloqué ordenadas en el suelo. Cogí una —una verde, como las habichuelas mágicas— mientras los niños me miraban. Marqué la línea del párpado y luego la pupila, grande y redonda, en el centro.

—Papá... —escuché que me decía Sandra.

Pero Alex se le había adelantado, había cogido otra pintura, una pintura azul, y se había colocado a mi lado y le dibujaba la nariz al gigante —que todavía podía ser aquel que vivía en un castillo en las nubes—, y a ratos me miraba y yo le sonreía.

* * * * *

Escuché los pasos de Elena avanzar por el pasillo. Pensé en mover la cama, en levantarme, alerta, y empujar la cama, tapar la pared, las manchas de humedad y la pintura. Lo pensé, sí. Aún así no me moví. Cogí otra pintura —amarilla como me había dicho Alex que pintó la melena del león— y la apoyé contra la pared, apretando pero todavía sin dibujar nada hasta que Elena entró por la puerta.

No gritó, no, pero podía haberlo hecho. Miró a los niños, la caja abierta de pinturas y luego hacia mi mano, apoyada en la pared.

Habló despacio, arrastrando las palabras, como desde debajo del agua.

—Tienes que quitar las manchas —me dijo—. Esas horribles manchas de humedad.

Los niños seguían sentados a mi lado. Incluso Sandra había cogido una pintura de la caja y había empezado a dibujar tortugas marinas y pulpos.

—No —le dije, serio—. No.

Elena desapareció. Y yo seguí pintando aquel ojo de gigante —uno de esos gigantes de cuento, como aquel con las botas de siete leguas, o los del segundo país que visitó Gulliver—, mientras los niños mojaban los dedos en un cacharro con agua y me decían:

—Papá, ven a ver como pintamos un cocodrilo con los dientes muy grandes.

SEGUNDO PREMIO

ANDRÉS MOUTAS DE LAS ALAS

FECHA DE NACIMIENTO: 21/02/79.

FORMACIÓN:

- Licenciado en Filosofía.
- Cuarto curso de Filología Hispánica.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Publicación prevista para Septiembre de 2008. Libro de relatos “El Arte de Cazar Pelusas”, (Editorial Cahoba).

EXPERIENCIA LABORAL:

- 2008: Profesor de español para extranjeros y traductor.
- Abr 2006-Oct 2007: Academia ENCLASE. Profesor de Lengua, Literatura de ESO y Bachillerato.
- Feb 2000-May 2006: Actividad docente impartiendo clases particulares a niños de primaria, E.S.O. y bachillerato.
- Oct 2004-Jun 2005: Actividad docente impartiendo clases de español para extranjeros en Limoges, (Francia).
- Nov 2002-May 2003: Actividad docente impartiendo clases de español para extranjeros en Turín, (Italia).

OTROS DATOS DE INTERÉS:

- Sept 2007: Subvención para el fomento de la creación literaria otorgada por el Principado de Asturias.
- Jun 2005: Facultad de Humanidades de Limoges, (Francia). Organización del ciclo de conferencias “Literatura y Arte”.
- Aficiones: Lectura, arte, esgrima, esquí, tenis.

LA TUERCA

Se agachó muy despacio y cogió un guijarro. Continuó mirando la rama del árbol; y cuando vio a la urraca saltar y arrojarse hacia la presa, lo lanzó con todas sus fuerzas. Tras el leve impacto una pluma se desprendió de la cola del animal y se meció en el aire hasta caer al suelo. Su dueña reemprendió el vuelo entre furibundos chillidos y se posó en la copa de un árbol.

Morelli se detuvo a mirar aquel brillo que refulgía en medio del camino. Se acuclilló y cogió aquella tuerca entre el índice y el pulgar. La puso sobre la palma de su mano y se sorprendió ante su compacta regularidad. Luego deslizó el dedo por cada uno de sus lados y experimentó un gran placer al sentir el contraste entre la lisa suavidad de su superficie y las afiladas aristas del contorno. Apenas llevaba unos instantes admirándola, cuando el eco de aquel ruido atronador le sacó de su ensimismamiento. Miró hacia atrás y vio a los lejos una espesa nube de polvo que avanzaba hacia él a gran velocidad.

Conocía de sobra lo mucho que a Fulvio le gustaba meter las narices donde no le importaba, por eso apretó su tesoro en un puño y corrió a esconderse detrás de la caseta abandonada. Se cobijó en la sombra que había entre la pared y el tronco del plátano. Hizo tiempo, golpeando con la puntera de los zapatos los cristales rotos que había esparcidos por el suelo. Nunca aquella espera se le hizo tan larga, ni aquella velocidad tan lenta. Se asomó desde una esquina y lo vio aproximarse poco a poco, hecho un remolino de viento y de polvo, con la cara tan expuesta por encima del manillar que su nariz parecía una quilla. Una vez que hubo pasado, Morelli salió de nuevo al camino y reemprendió su trayecto con la parsimonia de siempre.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue posar la tuerca sobre la mesa de la cocina. Sacó la aceitera del armario y vertió unas gotas en la esquina de su pañuelo, que con mucho mimo aplicó sobre el metal. La capa oleosa resaltó la geografía del objeto, desvelando ante sus ojos una infinidad de círculos que admiró y comparó con las líneas de su arrugada mano. Los siguió tantas veces con la mirada que acabó llegando a la conclusión que ésa era la única manera racional de comprender el infinito. El hecho de aprehender lo incomprensible de una forma tan sencilla le inspiró una profunda tranquilidad.

Un portazo le sobresaltó. Miró el reloj y se sorprendió al ver que en ese momento marcaba las seis. Tuvo la impresión de que a través de aquel objeto el tiempo fluía de una manera diferente. Ya no era aquel paso lineal y monótono detrás del cual siempre había ido a la zaga, sino un espacio abierto y desorillado cuya magnitud podía esquematizarse en la superficie de aquella maravillosa tuerca.

Permaneció sentado, escuchando atentamente los ruidos que se desenvolvían en el interior de su casa. Oyó con horror como subían la persiana del salón. Luego aquellos pasos se abrieron camino por el pasillo. Cuando ya casi estaban a la altura de la cocina, cogió la tuerca y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

- ¡Ah! Estás aquí. Creí que ya te habías ido.

Lucía cruzó el umbral y miró a su alrededor. Al ver el suelo de la cocina tan sucio y viejo sintió tristeza. Respiró hondo y empezó a abrir y cerrar los cajones para no tener que pensar en ello.

- ¿Te encuentras bien?- preguntó.

Morelli levantó la cabeza para responder, pero al ver a su hija tan atareada volvió a agacharla. Generalmente no le daba importancia a ese tipo de detalles, pero en aquel momento le resultó sumamente irritante. Le hubiera gustado protestar, pero no se atrevió, puesto que solamente de él había aprendido esa fea manía de hacer preguntas sin esperar respuesta. La conciencia de ese tipo de gestos reflejados, que tan en vano había intentado corregir en sí mismo, era la causa de que sintiera un profundo desprecio hacia ella.

- ¿Has visto mis llaves por aquí? Si mal no recuerdo...

Morelli se levantó de la silla y se dirigió al salón, haciendo caso omiso de las palabras de Lucía. Agarró la cuerda de la persiana, pero antes de tirar de ella echó un vistazo al exterior. La luz se extendía a lo largo de la llanura, recayendo sobre las casitas que moteaban el páramo, cuya hiriente blancura se tornaba en azul pálido. El cielo, manchado por algunas nubes panzudas, caía verticalmente contra el horizonte, recortando a lo lejos el humo que salía de las chimeneas de la fábrica.

Mientras Mónica vivía, aquel paisaje siempre le había parecido de una hermosura inefable, pero desde su ausencia, hacía ya casi tres años, apenas podía soportar aquella vista. La razón de su intolerancia se debía al obstinado consuelo que había buscado en la preciosidad de parajes como aquel; pero con el tiempo, al sentir que su dolor no cesaba, terminó por entender la belleza como un señuelo de la naturaleza, o un artificio divino para intentar convencer a todo hombre de que la vida merecía la pena. Persuadido de aquel engaño, donde antes veía algo bonito, comenzó a percibir cierta sensación de crueldad y podredumbre y gusto agrio que jamás volvió a quitarse del paladar. Puede que ésa fuera la razón de que cuando iban a casa de las cariocas, él, en vez dejarse seducir por el cuerpo de Claudia o la China, prefiriera esperar a que todos se fueran para desahogar sus ansias entre los pechos del mostrenco Eclipse. Al menos, cuando llegaba la hora de pasar por caja y el entusiasmo había decaído y los gestos se habían vuelto distantes, estaba seguro de que a través de aquel cuerpo deforme había estado más cerca de la verdad que ninguno de sus compañeros.

Morelli sacó la tuerca de su bolsillo y la acarició con el dedo. Alzó la cabeza y volvió a desafiar al paisaje, resistiéndose con dolor a la voluptuosidad de su luz y al suave contorno de las formas. Pensó en él como el que piensa en una cáscara vacía; y aunque al principio le costó abstraerse, experimentó un gran consuelo al sentir la tuerca entre sus dedos.

Cuando Lucía entró en el salón y le vio frente a la ventana acariciándose con mimo la palma de la mano, se compadeció de su soledad. Sintió que debía decir algo amable, cualquier cosa con tal de alejar aquel nefasto silencio.

- ¿Se puede saber qué tienes en la mano?

Morelli le dio la espalda celosamente y volvió a depositar el objeto en su bolsillo. Sacó un paquete de Ducados de su pantalón y extrajo un cigarrillo. Tras encenderlo respiró hondo, armándose de toda su paciencia para no montar en cólera antes de que aquella pesada se fuera. Entre tanto, Lucía continuó hablando acerca de sus cosas.

- No te puedes creer lo que me ha pasado hoy...

Su agudo tono de voz le resultaba algo insoportable, y sus comentarios de una insulsa trivialidad. Pero lo que peor llevaba era ese constante hablar por

hablar a todas horas, sin importarle que su receptor fuera él o un maniquí. De ser otra persona más comprensiva y atenta, podría haber compartido con ella aquel secreto, pero era un circuito cerrado y totalmente aislado del exterior. Morelli sabía que la expresión de aquellos monólogos interminables no tenía más fin que disimular el profundo silencio en el que se ahogaba su inconsciente vida. Le dieron ganas de preguntarle si no se sentía sola, pero su interminable verborrea no le dejó ni un solo espacio para expresarse.

- Bueno, me voy corriendo antes de que Esteban se enfade- dijo agitando las llaves en el aire.

Morelli sintió un beso tan seco en la mejilla que le resultó arenoso. Ni siquiera le entristeció pensar que el árido contacto de sus pieles era lo más cerca que habían estado jamás.

La ceniza del cigarrillo se desprendió en el mismo momento en que oyó el portazo. Sin duda alguna, era un gran alivio volver a estar solo. Bajó la persiana y aplastó la colilla contra un cenicero. Luego regresó a la cocina, donde echando mano al bolsillo de su camisa sacó la tuerca y la puso nuevamente sobre la mesa. Antes de sentarse miró el reloj y pensó en los muchachos, que en aquel momento estarían donde Albéniz tomando unos carajillos y organizando las parejas para comenzar las partidas. Lo más seguro es que estuvieran preguntándose por el motivo de su ausencia, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que en los últimos treinta años no había faltado más que dos días a causa de dos temporales.

Curiosamente no sentía ningunas ganas de ir hasta allí, y menos aún de ver la cara de Fulvio a una distancia de 64 casillas, siempre con esa media sonrisa cargada en los labios; una sonrisa que Mónica había adjetivado una vez como de Lázaro, pero que él identificaba con la del jaque.

Si por alguien sentía no ir, era por el Gigante, que se estaría la tarde entera casi inmóvil junto a la máquina tragaperras, mirando las luces con sus ojos de mastín y vigilando el reloj con aquella nerviosa quietud que tanto irritaba a la mayoría, siempre pendiente del momento de ir a ver a su mulata. Sin embargo, no podía estar siempre compadeciéndose de él.

Cuando volvió a mirar su tuerca, sintió que ya no necesitaba seguir siendo esclavo de sus costumbres. Ahora que tenía el infinito entre sus dedos la veía como una burda representación, cuyo insistente argumento nunca había tenido

más finalidad que echar una insignificante palada de tierra sobre la verdad. Eran tantos los huecos que había que cubrir en la vida, y tan pocas sus fuerzas, que no pudo evitar verse como un fracasado.

Morelli se aproximó al reloj de pared, lo descolgó y lo arrojó a la basura. Respiró hondo y volvió a sentarse en la banqueta. Cuando retomó la tuerca entre sus dedos empezó a pensar en las personas con las que podría compartir aquel secreto. No se le ocurría ninguna a excepción de su Mónica. Estaba seguro de que ella habría sabido otorgarle un valor más a allá del de la locura. Antes de dejar que la tristeza le venciera, miró aquel objeto atentamente y encontró consuelo en la contemplación de los círculos.

A la mañana siguiente, y durante los días sucesivos, Morelli llegó al trabajo con una puntualidad impecable y ejerció sus labores de forma precisa. A la hora del descanso evitaba a sus compañeros en lo posible; y cuando regresaba por el camino de tierra se escondía detrás de la caseta, esperando a que Fulvio pasara con su moto. Cuando llegaba a casa, se sentaba en la banqueta de la cocina y se entregaba con entusiasmo a la contemplación de la tuerca.

Uno de aquellos días, a última hora de la tarde, un fallo en la cadena de montaje detuvo la máquina. Las graves bocanadas eléctricas fueron sucedidas por un intervalo de silencio, que se fue rellenado con los murmullos de los trabajadores. En ese momento Morelli levantó la cabeza y los vio a todos con los miembros rendidos, detrás de sus máscaras protectoras. A pesar de todas las veces que les había visto con aquel atuendo, no dejaba de sorprenderse. Parecían peces, o algo peor.

Aprovechó la ocasión para quitarse los guantes y deslizar los dedos hasta el bolsillo de su camisa; pero antes de que pudieran entrar en contacto con el metal sintió una mano en su hombro. Fue tal el sobresalto, que por un momento temió que la tuerca saltara de su bolsillo y se colara debajo de la máquina. Con la excusa del susto se llevó la mano al corazón, y a través de la tela se cercioró de que el objeto seguía en su sitio. En ese momento el motor arrancó de nuevo, y la grave vibración ascendió poco a poco, hasta que aquel torrente de sonidos agudos se tragó las conversaciones de los peces, incluida la voz del que tenía enfrente.

- ¡Qué!

- ¡Que el jefe te llame! ¡Yo te sustituiré!

Salió por la puerta azul y remontó las escaleras, desde donde tomó el pasillo que conducía a los despachos. Como es natural, a medida que se alejaba, el ruido era cada vez más tenue; pero llegado a un punto no desapareció, sino que se mantuvo reducido a una sorda vibración que le cosquilleaba los oídos.

Golpeó la puerta con los nudillos y entró sin esperar respuesta. En ese momento se acordó de Lucía. Estaba seguro de que ella hubiera entrado con la misma indiscreción, hablando por los codos sobre algún asunto trivial, pero con tal expresión de gravedad en el rostro que parecería que algo terrible estaba a punto de suceder.

Miró a su alrededor, pero no había nadie. Pensó en recular y volver al pasillo, pero en el momento en el que dio el primer paso, el señor Palamara salió por la puerta que estaba a la derecha de su mesa, según la veía Morelli.

- ¡Ah, Morelli! Ya está usted aquí- dijo sacándose el bolígrafo de entre los dientes.

Si algo no podía soportar en aquel hombre, era el tono de sorpresa con el que siempre le recibía. Morelli se quedó quieto, pensando que quizás la causa fuera que cada vez que le citaba esperara encontrarse a un hombre y no a un pez. Dicha idea le hizo darse cuenta de que no se había quitado las gafas. Se las levantó y avanzó hacia la mesa.

- Pero siéntese, por favor. No se quede ahí de pie.

Tomó asiento mientras el señor Palamara metía unos papeles en el archivador. Cuando se dio la vuelta miró su mesa con un fingido aire de gravedad, de una esquina a la otra. Para Morelli aquel gesto no era más que una forma de disimular, de no tener que mirarle a los ojos de una forma honesta. Puede, pensó, que al igual que él tenía conciencia de pez, desde la perspectiva del jefe uno tuviera otra totalmente diferente; quizás de pólipo o de siluro. Finalmente el señor Palamara se dejó caer en su asiento, y le clavó la mirada con la convicción del que sabe que no le queda más remedio que arrojar al vacío.

- Morelli, usted y yo sabemos que gracias a trabajadores de su calaña esta empresa ha salido adelante. Usted arrimó el codo sin pedir nada a cambio cuando las cosas no iban bien. Pero hemos entrado en una época más que difícil. La crisis

nos está devorando y la directiva me obliga a recortar la plantilla. Es usted el trabajador más veterano que está en mi equipo, y siento un gran respeto por su profesionalidad. Sin embargo, comprenderá que no estando más que a unos pocos meses de la jubilación me vea obligado a...

Morelli dejó caer la cabeza bruscamente hacia adelante, intentando, en vano, dar a entender a aquel hombre que sus discursos le aburrían profundamente.

- Sé que es usted un calvinista- continuó - , un hombre que ha vivido por y para su trabajo, pero no quiero que piense en ello como el fin. Aún es usted joven, y tiene vitalidad. Puede incorporarse a nuestros cursos de jubilados y disfrutar de las actividades de ocio que organizamos. De hecho había pensado en usted como...

Toda aquella palabrería le revolvía el estómago. Mientras el señor Palamara seguía con su discurso, Morelli empezó a pensar que realmente le traía al paio ser un calvinista o un pez que se dejaba arrastrar por la corriente. Aunque la idea de la desocupación siempre le había producido cierto vértigo, desde el descubrimiento de aquel objeto había dejado de preocuparle. Metió la mano en su bolsillo, buscándolo entre las arrugas de la tela. En ese momento algunos recuerdos cruzaron su memoria, como las conversaciones de la cantina, el camino de tierra entre la fábrica y su casa y la moto de Fulvio, desafiando espacio y tiempo con aquel enloquecido ruido. Sobre todo se acordó de la moto. De pronto la vio frente a sus ojos, pasando a cámara lenta. Se quedó suspendido ante aquella imagen, recreándose en cada detalle; y cuando ya estaba a punto de perderse por la llanura de su memoria, se dio cuenta de que no estaba seguro de la marca. Apretó la tuerca con todas sus fuerzas y rebuscó obsesivamente en sus recuerdos, pero al no hallar una respuesta levantó la cabeza y con un ansioso gesto interrumpió el interminable discurso de su jefe.

- Disculpe, señor Palamara.

- Dígame- respondió éste atentamente.

- ¿Usted conoce a Fulvio Capogna?

- ¿El de logística? Pues claro.

- ¿Es usted consciente de que tiene una moto?

- Sí.

- ¿Sabe por casualidad qué marca es?

El señor Palamara se quedó mirando para Morelli, pensando si aquella pregunta escondería algún tipo de acertijo.

- Me temo que no.

En ese momento Morelli se sintió confuso. Le entraron ganas de ponerse en pie y dar un puñetazo en la mesa. Se mantuvo unos instantes sin moverse, conteniendo la respiración, con la mirada desviada hacia la ventana, por donde entraba una luz cruda que daba un aspecto descarnado a todo el despacho. Respiró hondo y miró al señor Palamara, que continuaba observándole con una concentración innecesaria, como si en la aclaración de aquel comentario fuera a encontrar la redención para su conciencia de pólipo.

- Olvídelo, señor Palamara. Son cosas mías.

Se levantó, fue hacia la puerta y salió sin despedirse.

Necesitaba estar solo. Entró en los lavabos y se encerró en un compartimento. Echó el pestillo y arrancó un pedazo de papel higiénico, con el que se sirvió para bajar la sucia tapa del váter. Luego hizo con él una bola y la arrojó a sus pies.

Nada más sentarse miró hacia el pestillo, y acto seguido se puso nuevamente en pie, con la intención de asegurarse de haber cerrado correctamente. El movimiento de su muñeca le hizo acordarse de Lucía. Se sonrió al pensar en la cara de sorpresa que pondría cuando se diera cuenta de que había cambiado la cerradura de casa.

Regresó a su asiento y permaneció inmóvil como una esfinge, escuchando el sonido hueco y constante de las cañerías que retumbaban a su alrededor. Una vez más intentó recordar la marca de la moto, pero luego pensó que en realidad ya no valía la pena. Sacó la tuerca de su bolsillo y se quedó mirándola fijamente, sobre su mano extendida, cuando de pronto sintió una presencia incómoda e inesperada sobre su cabeza. Miró hacia lo alto y vio el rostro de Fulvio, que se asomaba desde el compartimento de la izquierda. Tenía los ojos suspendidos en mitad de la cara, y observaba atentamente el objeto. Morelli se dio cuenta de que

en su boca ya no había tal sonrisa, sino una mueca de labios retraídos, muy parecida a la que solía poner cuando la estrategia se le torcía en mitad de la partida; pero no era exactamente la misma, sino algo diferente. Era, se dijo, la que podría haber esbozado si al plantarse delante del tablero hubiera descubierto que éste tenía una casilla de más.

Sintió un espasmo en la mano y la tuerca saltó desde su palma hasta el suelo, con tan mala suerte que rebotó contra el empeine de su zapato y salió despedida hasta el compartimento de Fulvio.

- ¡Qué es de tu vida, jubilado! Llevas una semana desaparecido- dijo- Ya me he enterado de la noticia. Espero que no te haya sentado mal.

Morelli le miró muy atentamente, sin saber qué responder. Escondió su palma, pegándola junto a la otra, y empezó a frotarse las manos. Por más que las friccionaba no podía dejar de sentir el infinito espacio que mediaba entre ellas. En ese momento se dio cuenta de que las tenía heladas.

Tuvo la impresión de que Fulvio seguía con la mirada el mismo camino que había seguido la tuerca; y cuando llegó a la pared divisoria todo su desconcierto volvió a recogerse en aquella sonrisa, con la cual parecía querer decirle que una vez más le tenía en jaque.

- El Gigante ha ido a buscarte un par de veces a casa. Dice que te vio desde la ventana y que estabas sentado en la cocina, sin moverte. ¿Por qué no le abriste? ¿Sabes lo que hizo ayer el muy zoquete? Se agarró una buena y fue a donde las cariocas. Obviamente no le dejaron entrar. Se subió a un árbol y empezó a gritar como un loco ¡Follar sin pagar, y si hay que pagar que lo hagan ellas! Luego vinieron los verdes y los tuvo toda la noche al pie del árbol. Cuando al fin se durmió se largaron ¿Se puede saber dónde te has metido estos días? Tienes a todo el mundo muy preocupado. Dicen que últimamente te comportas de una manera muy extraña, pero a mí no me la pegas. Ya no, jubilado.

Morelli no tuvo ánimos para abrir la boca. Se quedó esperando a que la tuerca regresara por el mismo camino por el que se había ido; pero al ver que no se la devolvía comenzó a sentir una profunda angustia. Pensó en levantarse y recogerla, pero le dio miedo tener que enfrentarse a aquella expresión. Se quedó quieto, conteniendo la respiración, mientras la orina de Fulvio golpeaba la garganta del retrete. El ruido de la cisterna le sobresaltó. Cuando oyó sus pasos

perderse más allá de los lavabos se quedó suspendido, sintiendo como el atronador aliento de las cañerías le perforaba el cráneo. Abrió el pestillo muy despacio, apoyó la yema de los dedos en la puerta de al lado y la empujó con suavidad. Al ver la tuerca sobre la tapa del váter se apoderó de él una extraña inquietud.

Morelli emprendió el camino de vuelta muy despacio, pensando en lo que había ocurrido en los baños. No podía cesar de preguntarse lo que Fulvio habría querido decir con aquellas últimas palabras, aunque no menos intrigado le tenía el hecho de que hubiera dejado la tuerca de aquella manera. Procuraba encontrar consuelo pensando que no había sido más que un gesto común, despojado de cualquier significado. Sin embargo, el recuerdo de aquella sonrisa volvía a su memoria constantemente para decirle lo contrario.

Apenas había recorrido la mitad del camino, cuando oyó aquel rugido a un kilómetro de distancia. Miró al frente y pensó en echar a correr hacia la caseta, pero se dio cuenta de que no la alcanzaría a tiempo. También sopesó la posibilidad de subirse a un plátano, pero las ramas que estaban a su alcance le parecieron demasiado endebles para aguantar su peso. Finalmente se detuvo a un lado del camino. Cuando Fulvio ya casi estaba a su altura, el viento comenzó a agitar las hojas de los árboles. La enorme nube de polvo que dejaba el motorista a su paso se lanzó contra él, envolviéndole como una ola. Cuando por fin pasó a su lado, Fulvio soltó un agudo grito que se elevó por encima del ruido del motor. Morelli apenas pudo entreverlo.

Siguió el trayecto cabizbajo, pensando en sus cosas, cuando no muy lejos de la caseta vio la moto tirada a la izquierda del camino. La rueda giraba en silencio. Morelli la miró, pensando en los espasmos de algún insecto agonizante. Cuando por fin se detuvo buscó a su alrededor, y en el lado opuesto vio a Fulvio tendido en la tierra, bocabajo. Se acercó a él, y al darle la vuelta el casco se desprendió de su cabeza. El viento le agitó el pelo. Tras el polvo que cubría el cristal de sus gafas Morelli adivinó sus ojos abiertos, que apuntaban directamente al cielo, de la misma manera que hacía un instante habían apuntado hacia el infierno. En su boca aún conservaba aquella sonrisa, como si también tuviera en jaque a la muerte. No pudo evitar sentir un escalofrío. De pronto, una mosca empezó a pasearse sobre sus labios. La espantó con la mano y el insecto empezó a volar por encima de su cabeza, trazando extrañas geometrías en el aire. Morelli metió la mano en su bolsillo y empezó a manosear nerviosamente la tuerca. Ladeó la

cabeza, le devolvió la sonrisa a Fulvio y se levantó aliviado, pensando que al menos su secreto volvía a estar a salvo.

Mientras se alejaba sacó aquel objeto de su bolsillo y lo miró atentamente, pensando que en algún punto de sus infinitas líneas estaba Fulvio ahí tirado, a su espalda. Cuando apenas se había alejado diez metros del lugar del accidente, se acordó de que no había mirado la marca de la moto. Pensó en dar la vuelta, pero en ese instante el viento sopló con fuerza y siguió hacia adelante.

FIN

ACCÉSIT

ENRIQUE RUBIO PALAZÓN

FECHA DE NACIMIENTO: 20/04/78.

FORMACIÓN:

- Estudiante en la Facultad de Psicología de la Universidad de Murcia.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

Premios en concursos literarios de la Región de Murcia:

- Premio A.J.E.M. 2002 “Escribe y diviértete”, (2002).
- III Concurso de Relato Breve “Antonete Gálvez”, (2005).
- Certamen Crea Joven de Murcia en la modalidad de narrativa, (2006).
- Accésit en el Certamen Murcia Joven en la modalidad de narrativa, (2007).
- Accésit en el Concurso Literario de Alguazas, (2008).

A su vez, ha obtenido diversos premios a nivel nacional:

- 1er premio en el Certamen Creación Joven Ciudad de Almería en la modalidad de poesía, (2005).
- Selección de finalista en el XXIV Concurso de Relatos Ciudad de Zaragoza, (2006).
- 3er premio en el II Concurso de Relato Breve de Oria, (2006).
- Accésit en el XI Certamen Literario Juvenil “LLETRES NOVES” de Santa Pola.
- 1er premio en el IV Certamen Universitario de Relato Corto: Jóvenes Talentos Booket - Ámbito Cultural, (2007).
- 3er premio en el III Concurso de Relato Breve de Oria, (2007).
- 1er premio en el V Concurso de Relato Corto y Fotografía “El Coloquio de los Perros” en Montilla (Córdoba), (2007).
- Autor de la novela “Tengo Una Pistola”, basada en el relato ganador del premio Booket 2007 y de aparición próxima en la editorial Booket (Planeta), trabaja ya en su segunda obra larga.

SECUESTRO

– Continúa. No hay vuelta atrás – me indica con el cañón hundido en mi cabello.

– Yo ya no estoy para estos trotes hijo – le rebato con resignación.

– No mires atrás. No sueltes el acelerador o te agujereo la nuca – me dice.

Esta mañana está siendo magnífica. Después de la copiosa lluvia, un haz de rayos solares ha pintado sobre el paisaje montañoso, todavía gris y húmedo, unos contraluces y sombras realmente fascinantes e insólitos.

– Esto es lo único que tendrás a partir de ahora, maldito viejo. Todo un continente, todo un planeta por descubrir.

La extraordinaria imagen me ha embargado de una emoción realmente inexplicable, intangible. Mientras contemplaba el espectáculo visual, el ruido de las ruedas al girar sobre el agua de la autopista, me ha colmado de calma y placidez. Como si las gotas de agua fueran pequeñas bolitas que me masajearan todo el cuerpo en una piscina terapéutica.

– Es increíble, ¿verdad? ¡Continúa!

Pronto oscurecerá y bajaré al maletero de mi autocar secuestrado para descansar. No hubo otra salida. Así me lo hace saber el arma que continuamente me apunta en el cogote. Cuando dejo de enfocar el paisaje, veo su reflejo en el parabrisas. Me dice que no puedo parar. Me dice que apretará el gatillo si regreso. Hasta que anochece y deja que me baje a descansar al maletero. Yo necesito dormir mis 8 horas. Yo ya no estoy para estos trotes.

– Menudo vejestorio quejita. Cobarde.

Hoy he llevado a varios viajeros. Cuando sube alguien al autobús mi opresor deja de fustigarme y espolearme con la pistola, aunque lo veo por el espejo retrovisor del pasillo, con mirada desafiante y amenazadora, sentado entre los pasajeros. Los rasgos de la gente han comenzado a evolucionar hacia la redondez. Tienen ojos adormecidos y finos –¿chinos?– y la nariz chata. Son bastante más bajos que hace unos meses, llevan la cara descubierta y su piel es más clara que hace unas semanas. Son muy educados y silenciosos, a diferencia

de los primeros que se subían, que hablaban en cristiano pero alborotaban escandalosamente. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Cuando se bajan, se despiden con una pequeña reverencia esbozando una media sonrisa.

– No bajas la mirada. Adelante. Mira hacia delante – me advierte violentamente cuando cree que titubeo o mi gesto nostálgico le hace pensar que quiero regresar.

Desde que empezó esta macabra aventura, se van sucediendo los atardeceres y amaneceres, sin necesidad de ensartarlos en el calendario como cuentas occisas, como trozos de vida horadados por una barra de hierro gélida e imparable. Sigo una línea inexistente sin ecuación matemática que la prediga.

– No pares. No sueltes el pie del acelerador – me dijo amenazadoramente el primer día.

Tras varios miles de kilómetros, recuerdo que descendió la temperatura bruscamente.

– ¿Clida vy ydiote?

– Spasibo jorochevo puteches.

Se subían personas con gorros planos por la coronilla, como sacados de abrigos de pieles de mujeres ricachonas. Me encapriché de uno de ellos. Saqué unos billetes de mi mochila y se los mostré a uno de ellos señalándole la cabeza con el dedo. Me lo vendió encantado. Todavía lo llevo puesto. De paso, me quiso vender una botella de vodka que sacó de una mugrienta mochila, pero negué con la cabeza. Hace tiempo que el médico me dijo que nada de alcohol, café o grasas animales.

Después de los rostros blancos y sonrojados, con facciones cuadradas y peinados rectilíneos, los autoestopistas mudaron sus rasgos por tez morena y pelo negro. Su nariz era más pronunciada. Los hombres llevaban una especie de camisa liada a la cabeza. Las mujeres un pañuelo que sólo dejaba ver sus ojos. Se divisaban cúpulas hinchadas, poblados ruinosos en ambientes amarillentos resecos y polvorientos. Los paisajes cambiaron pero no la fascinación.

Varios días o semanas después los turbantes y los vestidos estallaron en vivos colores. La piel todavía se oscureció más; los pendientes, pulseras y demás

abalorios cobraron notoriedad y apareció un gran lunar en los entrecejos de las mujeres.

En su casa le esperaba la muerte, me cuenta. Por eso secuestró el autobús. Era totalmente inviable regresar. Allí ni siquiera había posibilidad alguna de depresión. No pudo formar una familia a la que llamar su atención mediante el llanto. Toda la pena se le hubiera quedado enquistada dentro, poseyendo su cuerpo hasta corroerle y asfixiarle pausadamente.

No me cuenta por qué.

– Quizá pueda ayudarte. Todos tenemos un mal día alguna vez – le sugiero en un intento de ganarme su confianza.

– Claro que me ayudarás. No soltando el pie del acelerador.

Hace no sé cuántos amaneceres, quizá unos veinte o treinta, recuerdo unos grandes lagos, unos castillos medievales y unos pueblecitos floridos con casas de cuento que iban quedándose a un lado. También paisajes nevados, laderas exuberantes y pedregosas iglesias con cúpulas fusiformes. Los pasajeros eran altos, muchos rubios, con la piel muy blanca y hablaban cada uno de una forma, o incluso a veces creo que cambiaban de uno a otro idioma cuando veían que no los entendía. Siempre los miro con incompreensión pero fascinado. ¿Cómo pueden entenderse entre ellos? Es un milagro.

– Excusez-moi, où es ce-que vous allez?

– Dove deve andare?

Un día se subieron al autobús cinco autoestopistas, con sus rastas y sus mochilas gigantes con toda clase de accesorios acoplados. Eran de piel blanca, rubios la mayoría, y con ojos claros. El secuestrador no puso objeción. Cuando recojo gente, se retira a un asiento, confundándose con los demás como un espía infiltrado. Así me olvido de su presencia.

– Entschuldigen Sie, wo möchten sie hin?

No entendía lo que me preguntan, pero los miraba con tal afabilidad y gratitud, que acababan por sentarse en alguno de los cincuenta asientos vacíos,

quizá reconfortados por mi hospitalidad y calidez, aunque algo escépticos por no saber mi destino.

– Où es ce que vous voulez aller? Vous allez jusqu'à Montpellier? – me decían algunos viajeros cuando me paraba para recogerlos. Cualquier intento comunicativo es en balde. Me limito a quedarme embobado con expresión risueña y, cuando se han desesperado, suben y se sientan. Cierro la puerta, y sigo conduciendo con la misma candidez.

– Gehen sie bis zu Laussane?

– Scusi, per dove si dirige?

Luego me miraban furtivamente a través del espejo retrovisor del pasillo, acaso recelosos por la beatífica sonrisa que me suscitaba la incompreensión y novedad de su fonética. Quizá quisieran saber hacia dónde me dirijo. Pero saber idiomas resultaría en vano, pues desde hace algunos meses no sé hacia dónde voy. No lo sé. Aunque la máxima que estoy obligado a seguir es precisamente esa: No saber adónde ir. Ni por dónde voy. Sólo ir hacia delante. Ir más allá. Tampoco sé cuánto tiempo durará este viaje. Aunque puedo imaginarme el final. El insensible forajido no parece tener intenciones de desistir en su empeño. “Continúa”, me dice. “No hay vuelta atrás”. Por lo que tan sólo me queda deleitarme con los panoramas que se van sucediendo. Puedo elegir el camino, los paisajes por dónde avanzar, pero no puedo volver, como las hojas de un libro sin letras compuesto por infinitas historias que yo elijo a medida que avanzo. Un libro, en definitiva, que es imposible desleer desde el final hacia el principio, y sólo se puede escribir hacia delante. Igual tomo un desvío hacia la izquierda, que sigo recto desoyendo letreros de “cambio de vía a quinientos metros”, que aminoro la marcha para pensar que nombre por su sonoridad literal, me causa mas curiosidad, sin saber si se trata de un pueblo, una ciudad o un país. En otras ocasiones me guío por las cosas que voy divisando, siguiendo por aquella carretera que me lleva a accidentes geográficos más bellos, más espléndidos, adentrándome en un afilado valle o circulando por la costa bordeando el mar. Tener una pistola detrás que me espolee de vez en cuándo alivia el posible remordimiento de mis decisiones. La incertidumbre del camino me colma de certeza. La certeza de que no quiero morir todavía, la certeza de que tengo que seguir por donde sea, sin rumbo. Y aún así hay autoestopistas que se suben, y al cabo de un tiempo variable, dicen de bajarse.

– Merci, au revoir. Bon voyage.

– Grazie mille, arrivederci.

– Vielen Dank, auf wiedersehen.

Tal vez tampoco ellos tengan un itinerario prefijado: un plan, un mapa. Los primeros transeúntes que recogía si hablaban mi idioma:

– ¿Hacia dónde va? ¿Pasa por Soria?

– No lo sé – les respondía encogíendome de hombros, mientras miraba de reojo al secuestrador que se había sentado a mi derecha, cerca del volante.

Cuando llevábamos sólo un par de días, me paré en las afueras de una gran ciudad y compré un colchón, una gran alfombra, mantas y una pequeña estufa de hierro. Y leña, que apilé ordenadamente en un extremo del portaequipajes. El extraño opresor me dijo que me esperaba dentro del bus. Que me diera prisa y comprara lo que me había dicho. Por las noches, entre las cuatro ruedas, el gran maletero se convierte en mi cálido dormitorio.

– Esta es tu casa. De ahora en adelante y hasta el final.

– Hijo, debería comprar algunas medicinas para la tensión y el colesterol. Apenas llevo encima un par de comprimidos. Y una bolsa térmica para llenarla de agua caliente, ¿te he contado lo de mi lumbago?

– Mira a tu izquierda, cómo las ramas de los árboles apuntan al sol, como esqueletos renacientes recibiendo calor. Mira a tu derecha, el mar infinito, sin encapsular ni comprimir, con el vaivén ondulante de la olas masajeándote y el burbujeo de la espuma en la orilla, como millones de pastillas efervescentes.

– Tengo que hacerme mis chequeos habituales. Yo no estoy para estos trotes, hijo. Tú eres joven y fuerte.

– Maldito viejo. No me seas tiquismiquis – dice con rabia. Me encañona la sien quitándole el seguro y accionando la corredera y vuelve a abroncarme –: Ni el Marca, ni el parchís, ni la petanca, ni el dominó ni la Quiniela ni hostias. Esto es todo lo que tienes. Delante de ti. ¡Mira!

Si hubiera vuelto a casa, me dice, se hubiera degollado con el tedio gélido e imparable de alguien que abre el frigorífico para coger una cerveza. Nada más entrar: la muerte a bocajarro tras abrir la puerta, como una corriente de aire fulminante.

– Podemos parar siempre que quieras. En cualquier lugar. Pero olvídate de mirar un mapa para saber dónde estás e idear el camino de vuelta – dice subrayando la última frase, pasando de un tono amigable a otro amenazante y rabioso.

Cuando llevábamos unas pocas horas de viaje, me obligó a sacar todos los ahorros del banco. Metió los fajos de billetes en la mochila de la empresa y fue pagando escrupulosamente los peajes y la gasolina. Sobre la marcha, me hizo comprar ropa nueva: varias mudas, un chándal y un anorak. Y una bolsa de aseo con pasta de dientes, cepillo, peine, una cuchilla y espuma de afeitar. Sobre las pastillas para mis achaques, me dijo que me olvidara. “Toda la vida ahorrando para el futuro, y cuando terminas de ahorrar, no queda futuro”, me dijo.

– Deberían existir cuentas corrientes donde ir guardando el tiempo que no utilizas, para cuando lo necesites realmente. Ese tiempo que desperdicias, que se te escapa entre los dedos cuando realmente no está pasando nada relevante a tu alrededor – siguió arguyendo para justificar sus acciones y su falta de condescendencia.

Los primeros días dormíamos en dos de los asientos reclinables de pasajero. Después fue cuando me aconsejó acondicionar la suite de abajo. Paré en un taller y en una ferretería. En la ferretería compré un cable largo, un interruptor, un pelacables y una pequeña batería. Rompí parte del plástico duro de la guantera, debajo del volante y los diversos controles, y busqué el cable que accionaba las compuertas del portaequipajes. Hice un empalme y llevé el largo cable hasta mi futura habitación. También conecté un pequeño interruptor al cable para poder abrir y cerrar la compuerta cuando estuviera dentro. En el taller, el mozo parecía no querer entenderme, pues cuando la compuerta del maletero se desplegó fuera de su encaje, mi gesto fue bastante claro: sobre un cuadradito pintado por el extraño pasajero en la esquina derecha, mis dos dedos en forma de tijera no dejaban lugar a dudas. Fue cuando saqué un fajo de billetes de la mochila cuando me comprendió. El escepticismo se torna indiferencia a base de talonario. Por

eso siempre preferí ganar dinero a aprender idiomas. Cuando levantaba la mirada hacia el bus, la silueta del hombre con la pistola me esperaba impaciente. Con una sierra para metales y un soplete, el mecánico cercenó la esquina de la chapa sin hacer más preguntas. ¿Cómo decirle en su idioma que se trataba de la chimenea de mi nuevo hogar?

En su casa le esperaba la muerte, me dice de vez en cuándo para aplacar mi desconcierto. Y para cerciorarse de que dejaba de respirar y de latir, tenía guardada una pistola, un cóctel de barbitúricos, y una bombona de butano recién comprada. Las cortinas, la mesa, las sillas, la lámpara, el perchero... lo hubieran sepultado como un tsunami, como un corrimiento de tierra enfangada sobre su cabeza. No tuvo más remedio que apuntar a la sien del conductor y escapar, me dice.

– Hijo, yo siempre he tenido un origen y un destino, y un trayecto dividido en paradas. Esto me parece muy grande. Me siento muy raro.

– A veces el mejor recorrido entre dos puntos no es la línea recta.

Acabo de aparcarse el autobús en una estación de servicio muy tranquila, con árboles tan grandes que imponen un respeto místico y tenebroso, sobretodo cuando la brisa nocturna los hace rumorear sordamente, como olas rompiendo burbujeantes en la orilla. Estoy en una zona montañosa de algún lugar del planeta. Acabo de nacer. A punta de pistola. Acabo de aterrizar en este planeta que llaman Tierra. Mis pies tocan el suelo con la misma trascendencia con que Neil Armstrong pisó la luna. Hay mesas y sillas de madera clavadas en los alrededores, pero no hay nadie. Hace mucho frío. Estiro las piernas y me desperezo desentumeciendo mis articulaciones. La única fuente de calor en kilómetros a la redonda resplandece con luz amarilla anaranjada a través de los pequeños ventanales de aquella caseta con un tejado que parece una barca. Las lámparas son grandes esferas de papel rojizo surcadas por el entramado metálico. Todo el mundo se encuentra arracimada dentro, al calor de la calefacción y el siseante batiburrillo humano. Mi siniestro acompañante siempre se queda dentro del autobús. Sabe que tarde o temprano volveré a subir. Él prefiere comer sólo. Debe tener sus problemas. Si no, no habría llegado al extremo de secuestrar un autobús. El paso vertiginoso de los coches en la autopista, apenas se oye en la lejanía. Sólo se oyen mis pasos sobre el guijarro. Después de dar un pequeño paseo examinando el lugar, he entrado al refugio-restaurante, tenuemente iluminado por luz terrosa, para tomar una sopa

caliente de cualquier tipo, para ahorrarme la frustración de los palillos. Cuando la he probado, he pensado que ya estaba muerto y aquello era el cielo, y aquella sopa era jarabe de ángeles. Y he sonreído para mí, mientras hundía la cuchara para cargarla de más caldo humeante con unas gotas de limón. El sedoso bullicio de voces ininteligibles teje sobre el aire jirones lanosos y templados. Al camarero le he hecho la señal internacional de aprobación: el puño cerrado y el pulgar levantado. Y me ha correspondido con una sonrisa achinada y el mismo signo. Después me he pedido algo desconocido, y me he retado a descifrar sus ingredientes a medida que lo degustaba pero me ha resultado imposible. Para terminar, he visto como en otra mesa alguien bebía algo que parecía chocolate, y lo he señalado con el dedo índice ante la sonrisa del camarero. Un chocolate a la taza que ha exculpado cualquier reproche hacia el perverso malhechor de abordó, y que incluso, ha dado sentido a toda una vida. Cuando he salido fuera, vaharadas de agua chimeneaban de mi boca. Me he frotado las manos, y me las he llevado en forma de cuenco a la boca para soplar sobre ellas. La estufa templada de mi estómago había comenzado a enviar calorías a cada célula. Tras subirme la cremallera del anorak hasta la barbilla, he enfilado hacia mi hogar ambulante con las manos en los bolsillos. “Soy el único terrícola que pulula por estos lugares”. No poder ponerle un nombre, una etiqueta lingüística al lugar donde me encuentro, me hace sentir como un bicho deambulando por La Tierra, vista desde el espacio, sin líneas divisorias, sin fronteras ni países cada uno de un color. Estoy en la Tierra, no en un mapa. Al mirar las estrellas, me he empequeñecido y todo el dolor existencial de la humanidad se ha desvanecido. Formo parte de algo más grande que un idioma, una superficie cartografiada con GPS o un secuestro de autobús.

Subo al asiento del chofer y aprieto el botón para abrir las compuertas desplegadas de mi habitación-maletero. El singular secuestrador duerme repantigado en un asiento con la pistola en su regazo. Después, bajo y me arrodillo para entrar en la suite de la planta baja. Dentro, me he echado en el colchón. He encendido la lamparilla de gas y he accionado el improvisado interruptor para cerrar las compuertas de ambos lados, invadiéndome una sensación de recogimiento, cobijo, resguardo... increíblemente apacible y reconfortante. Me he enderezado, me he quitado el abrigo y he reptado a cuatro patas sobre la alfombra. He agarrado unos troncos y los he metido en la estufa. He conseguido deflagrar la madera a base de ramas finas, broza seca y un corcho bañado en petróleo. He colocado el tubo del tiro de la estufa en el cuadrante seccionado, y me he metido dentro del saco y las mantas. La madera ha

empezado a chisporrotear. Esto es un auténtico hogar, y me he imaginado la postal desde fuera: el humo saliendo de la pequeña chimenea de mi pequeña casa con ruedas. Entre las crepitaciones de las brasas, los ruidos majestuosos de las ramas de los árboles, y la quietud más reflexiva y reveladora, me he ido prendando del adormecimiento más sedante, hasta dejar caer cada uno de mis pesados músculos y abandonar mi cuerpo en busca de sueños; más aventuras sin reglas, barreras ni categorías encapsuladas. Mi vida anterior a este viaje cabe en un solo recuerdo. De modo que he tenido que retroceder años-luz hasta encontrar retazos de memoria aún vivaces e incandescentes, recubiertos por años y años de ceniza homogénea. Y los he mezclado con los recientes. He soñado que era un niño conduciendo una casita flamenca naranja con neumáticos, con su tejado de pizarra a dos aguas. El tubo de escape era la chimenea, y cuando me he parado en una gasolinera, por la pistola del surtidor ha salido serrín que he vertido en el depósito.

La luz azulada del amanecer penetra por los huecos del cuadrado deschapado. Comienza un nuevo día que no sé cuantas paradas tendrá, qué estaciones me acogerán, cuántos viajeros llevaré desinteresadamente. Un nuevo día sin instrucciones, consignas, itinerario... aunque con el mismo desconocido encañonándome. Sólo una pistola en la cabeza que me impide regresar. Al abrir la portezuela de la estufa y recordar lo soñado, veo que los rescoldos todavía refulgen al rojo vivo por mucha ceniza negra que haya alrededor. Y he cogido un palo y he removido el interior del cúmulo de madera quemada para verificarlo.

Ahí están: latiendo, imperecederos.

Me desperezo bostezando, para desentumecer las articulaciones, y me preparo para ir a la caseta de anoche a tomar algo. Al lado del restaurante hay una tienda llena de adornos y dibujos raros que vende porcelana con muchos adornos y dibujos también muy raros. Antes no entendía las palabras, ahora tampoco entiendo las letras. El alfabeto se ha ido quedando atrás, como si hubiera llegado más allá de la Z.

Cansado de tantas horas al volante, a veces necesito experimentar la perspectiva del viajero. Mi amo y señor pasa desapercibido entre los fugaces

pasajeros. Les pregunto si pueden conducir el autobús un rato. Al principio no entienden mis señas, pero cuando me levanto del asiento y dejo el volante a su suerte, enseguida se lanzan como locos para remplazarme y concederme el favor. Cuando me siento en una butaca en la zona trasera, de súbito vuelvo a sentir el frío tacto del cañón en mi nuca. “Disfruta”, me dice. “Contempla la belleza de las cosas”. Parece no importarle que deje mi puesto. Parece incluso que le hace gracia, y sonrío, como si no le preocupara lo más mínimo que nos estrelláramos. Todos mis sentidos pueden recrearse con las vistas de ambos lados del autobús. Puedo perseguir cualquier elemento del entorno con la mirada, hasta darme completamente la vuelta y verlo alejarse paulatinamente en el contrahorizonte del cristal trasero. El placer del viajero, con un arma amenazándome con matarme.

Las hectáreas de tierra que voy devorando se mueven según la distancia del punto que miro. Las hierbas del arcén pasan vertiginosamente casi formando un borrrón y las montañas más lejanas permanecen estáticas. La luna del crepúsculo matutino parece que me persigue. Algunas casas o templos están muy ornamentados. Me recuerdan al restaurante chino de mi barrio. Desde que los habitantes comenzaron a tener ojos de chino, he pasado por toda clase de lugares, desde desiertos infinitos hasta cordilleras exuberantes y afiladas. Ante semejante inmensidad, me siento insignificante, algo que, pese a lo que se pueda pensar, mitiga mis dudas y achica mis problemas, rebajando mi egocentrismo magnificado y volviéndolo más humilde. De igual modo, la grandeza del entorno y el eterno horizonte que me abastece de novedades, hiende mis grietas e intersticios espinosos de alivio templado y espeso y desbarata la posible culpa e inmoralidad de quien me obliga a continuar a punta de pistola. La variedad paisajística, casi interminable, de caminos posibles, de carreteras secundarias, comarcales, rellena de infinitas opciones los trescientos sesenta grados del universo circundante. Antes, sólo ángulos rectos, sin apenas posibles desviaciones en décimas de grado. Antes, sólo una calle larga y rígida de ida y vuelta, atrapada entre dos hileras de fachadas, que me impedían ver el mundo. Ahora, un secuestrador indomable y flemático me obliga a levantar la mirada. “Ni un movimiento extraño de mirar hacia atrás o te lleno la cabeza de plomo” me aconseja en tono psicopático, día tras día.

El sol ha sustituido a mi televisor, mis pies ya no son solo zapatos, el territorio ha dejado de ser un mapa y el día ha escapado de las afiladas manecillas del reloj.

Hace unos meses, debía entregar el autobús al acabar mi última ruta. Para siempre. Cuando se bajó el último pasajero, me dirigí hacia el garaje de la empresa y, cuando debía girar hacia la entrada del aparcamiento, una extraña fuerza me impidió mover el volante. No estaba solo. Algún pasajero había permanecido oculto cuando todos se bajaron. “Sigue recto, no pares”, me dijo. Y seguí en línea recta. Al poco, el automatismo recalcitrante me volvió a encajar en los raíles de mi ruta habitual: la línea 4. Como un homenaje subconsciente a todos mis años de servicio, el pistolero concluyó que sería la última vez que haría el recorrido de la línea, pero esta vez a solas con él, como si me conociera, como si hubiera estado estudiando mis movimientos habituales.

La última vez.

Nunca más.

Cuando llegué al final de la línea y debía dar la vuelta, el raptor hincó el arma con más fuerza y me soliviantó para descubrir qué había más allá de aquel pueblo que siempre me rebotaba hacia la misma carretera con una tenacidad inquebrantable de raqueta de acero. Y continué recto, haciendo caso omiso a quien déspotamente me había mantenido imantado a las vías subterráneas de la línea 4 durante décadas.

El jefe me llamó por la radio, pidiéndome explicaciones por la tardanza.

–Ha surgido un imprevisto. Estoy obligado a seguir. No puedo hablar. No os preocupéis por mí. Estoy bien. Corto.

La extraña presencia me murmuraba casi subliminalmente. Me decía en un tono persuasivo y psicopático que no podía volver a casa, que ya estaba en ella.

– Por tus venas, gasolina; en tus párpados, limpiaparabrisas; tu ritmo cardiaco, el cambio de marchas; tu páncreas, empapado en lubricante; y tus pies, recauchutados e hinchados de aire.

Cuando el motor dejara de ronronear, el extraño perturbado apretaría el gatillo. Y así fue como, entre luces urbanas de neón levemente anaranjadas y el rumor sordo de los coches bajo la noche, el raptor me dio a elegir y lo que elegí fue no morir todavía; demorar mi ausencia para saber qué se escondía más allá de la línea 4. Sabía cómo se llamaba la última parada donde se apearía: parada cardiorrespiratoria. Sin embargo, por primera vez, parecía no tener secuenciada

y programada la trayectoria intermedia. No sabía qué se proponía, qué fechoría habría cometido para querer huir de esa manera, pero tenía la tranquilidad de no tener elección: yo sólo tenía que pisar el acelerador.

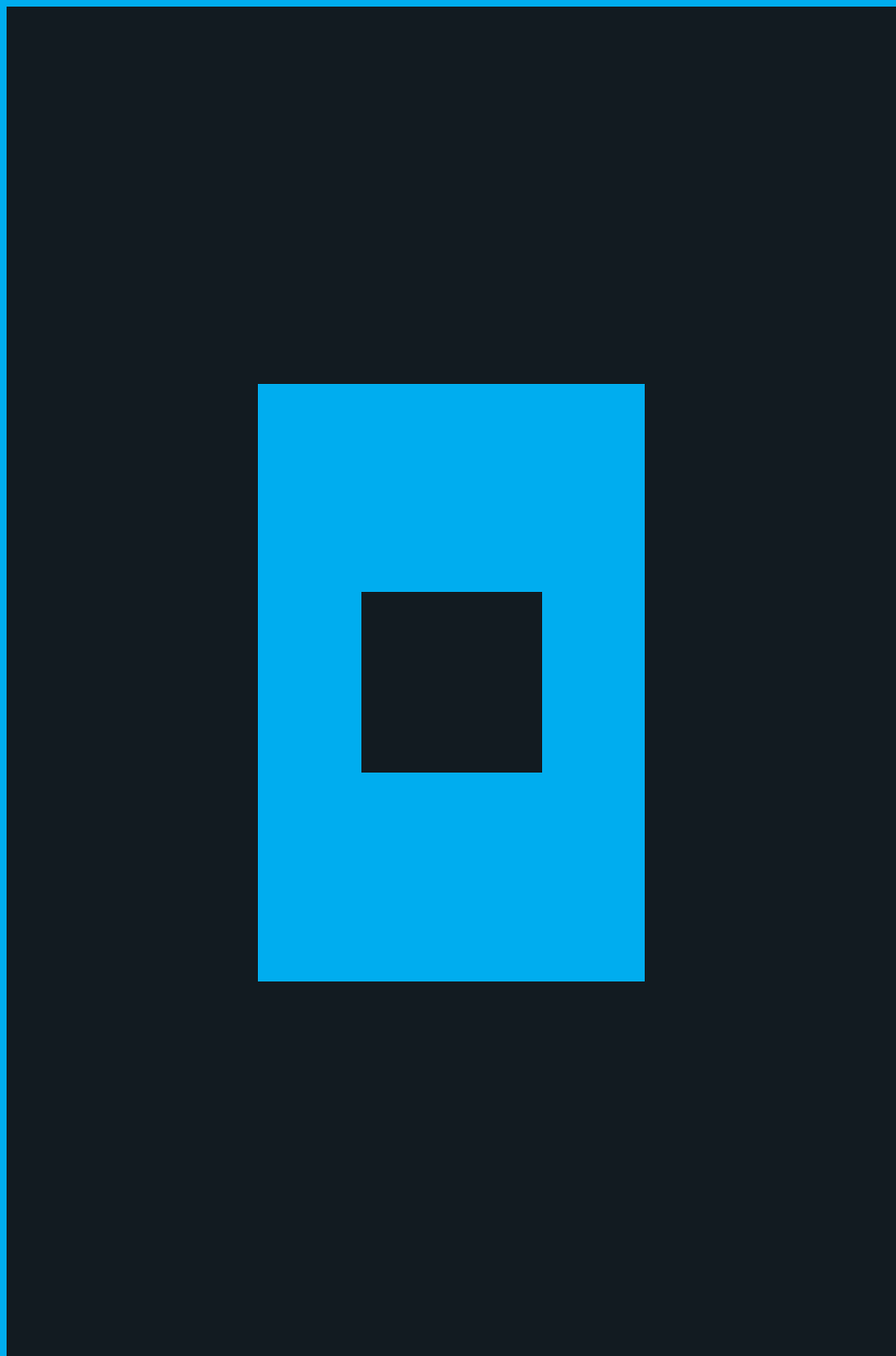
– Recta, curva o zigzagueante, me da igual como lo hagas siempre que vayas hacia delante.

Hasta entonces, dos únicas líneas que me ordenaban el camino a seguir. No transgredí ni las continuas ni las discontinuas. Hasta entonces, la velocidad siempre constante. El cambio automático. El aire acondicionado siempre a 25 grados. La lluvia o el cielo despejado, ni siquiera posibilidades seleccionables. Todo fuera de mi alcance, de mi influencia. Mi camino no dejaba lugar a huellas, estilos peculiares o meros gestos característicos. Sólo podía cambiar la emisora de radio, pero por alguna extraña razón, siempre ponía la misma. Mi vida, una celda con dos intermitentes que iluminaban mecánicamente los días terminantemente regulares, continuos, uniformes, acaso discontinuos por los espacios en la cama, dónde no pocas veces, seguía soñando con la línea 4.

Las libretas donde escribía siempre eran de papel cuadriculado, para no desviar mi trazo. Siempre tuve miedo a los folios en blanco.

Ahora sigo estando en el mismo asiento de conductor que hace cuatro décadas, con la muerte tamborileándome en la sien la cuenta atrás. Puedo elegirlo todo excepto una cosa: volver. El viaje ha comenzado por fin, a punta de pistola. Aunque para viajar no es necesario desplazarse. Y no siempre que te desplazas estás viajando. Pues incluso dentro de mi perpetuo armazón rodante, había perspectivas que desconocía. Cuando bajo a mi improvisada habitación para dormir, me cautiva pensar que estoy en el mismo autobús que he conducido durante 40 años. La perspectiva de una maleta es radicalmente diferente y atractiva.

Hace unos meses, sólo era mi sesenta y cinco cumpleaños. Y un extraño me regaló este último secuestro.



ACCÉSIT

SARAH BABIKER MORENO

FECHA DE NACIMIENTO: 30/06/79.

FORMACIÓN:

- Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, (1997-2002).
- Beca Erasmus Università Scienze della Comunicazione di Siena (Italia), (2001-2002).
- Postgrado en Información Internacional y Países del Sur, (2003).
- Taller escritura creativa relato corto y poesía Espacio 14-30, (2008).

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- 3er premio con el relato “Tras la pintura”. Certamen “Miguel Hernández”. Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias, (1996).
- 3er premio con el relato “Abril Grises”. VIII Certamen de cuentos “Premio Atenea”, Salamanca. Asociación Cultural de Mujeres Atenea, (1997).
- Selección del relato “Serenata”. Certamen Internacional de Relatos Hiperbreves “Los Cuentos de Nunca Acabar”, Publicaciones Acumán, (2001).

FRÁGIL

Frágil una luna flaca esquivo las nubes, como si su solo contacto pudiese quebrarla, fragmentarla en un caos de noches improbables. El pequeño Pau arroja piedrecitas contra un árbol obeso, un tronco indolente que no protesta. Mario tampoco habla, todas las palabras recludas en su cabeza. Su cabeza una cárcel masificada de palabras. Buscando una rendija por la que escapar ordenadamente, explicando la razón de las cosas, eso que los niños buscan tozudamente, eso en lo que creen con fe ciega, en que los porqué desemboquen en una frase simple. Una frase simple sería la llave para escapar de su dolor de cabeza. Una frase simple y delgada que sortease todos los demás porqués sin quebrarse, sin romperse. Una frase simple para Pau. Entonces su hijo le mira. Como la primera vez, mientras él se decía, tras un vano intento de definir lo que sentía... ¿Cómo explicar lo inexplicable? Esta noche se dice, los mismos ojos como inclementes jueces... ¿Cómo explicar lo inexplicable?

No puede, saca un bocadillo de la mochila de su hijo. -¿No tienes hambre Pau?-. Pau estrella un último puñado de guijarros contra el árbol, se aproxima en silencio, sentado contra su padre comienza a rasgar el papel de plata. Y este cuerpo, resultado de sí mismo, apoyado en su costado: da un calor que es un ancla.

Mario nunca tuvo nada contra la deriva, ni ningún tipo de apego hacia los timones. Dejaba a las caras y cruces de las monedas tomar grandes decisiones, y a las puntas de los zapatos seleccionar caminos. De tanta libertad un día sus pies se volvieron locos. Un tramo se pisaron, poniéndose perdidos de barro y de polvo, uno a otro, estúpidos socios enfrentados. Para cuando lograron un acuerdo, habían olvidado hacia donde se dirigían. Mario se sentó allí, contrariado: estaba en el primer puerto. Al azar, en cuanto te descuidas, le vienen estas ocurrencias: ponerse lógico.

Llegó a Madrid una semana antes de que su madre muriese, algún gilipollas le insinuó cuán afortunado era por llegar antes de que su madre hubiese muerto. No quiso hacerle ver al feliz gilipollas lo desafortunado que era: justo una semana después de volver su madre se murió. Para qué cuestionarle su optimismo a un gilipollas.

Su madre era la vuelta. O al menos una parte relevante de la vuelta. Para cuando sus pies decidieron dejar de enredarse en idas y vueltas su madre se extinguió. Fue en mayo, un mes siempre alegre cuando no es triste. Aquel mayo triste, se siguió esforzando en ser alegre.

Pau se aprieta un poco más contra él. “¿Qué pasa?, ¿tienes frío?”. “Papá, ¿Qué hacemos aquí?” inquiera el niño. Mierda, ya empiezan las preguntas. “Estamos tomando el aire” responde Mario.

“¿No podemos tomar el aire en casa?”. “No, en casa no podemos”. “¿Por qué?” “¿es que no hay aire allí?”.

En esa casa no había aire. Y parecía que sólo él era consciente, y aquello equivalía a ahogarse a solas en mitad del océano. Su hermana le miraba de soslayo, “¿no pretenderás largarte ahora?”. “Me estoy agobiando”. “Realmente te agobias con facilidad”. “¿Tienes que mantener esa maldita hostilidad hasta en un momento como éste?”. “Y tú, ¿vas a escabullirte hasta en un momento como éste?”. Miraron cada uno hacia un lado, tristes y civilizados. Estaban allí familiares lejanos, viejos bien curtidos en funerales, desconsoladas compañeras de trabajo que veían la muerte de su madre como un preludio de la propia, viviendo un autoluto anticipado. Toda esa gente consumía mucho aire. Se alzó, en ese momento su mareo le pareció más importante que el gesto de desaprobación de su hermana, caminó fijando la mirada adhesivamente al suelo, para que nadie se le acercara a explicarle como después de todo era mejor así, sé que tú no crees, pero ella creía. Una vida feliz y plena, tuvo tu madre, ¿sabes? Para ella enfermar, depender de los demás, no era vida, después de todo es mejor así.

Madrid es una ciudad de bares en las esquinas, y de gente en las esquinas de las barras. Gente que no va a teorizarte en qué circunstancias morirte es casi bueno, gente que con respeto te dejará sufrir sin paliativos. Ella fumaba. Mario no. Un día una cara o una cruz sensata le habían rescatado de la nicotina. Pidió un café, tal vez por evitar la obiedad de beberse dos whiskies y acabar la velada arrimado a la morena y desplegarle el abanico de sus derrotas. Esto no es una jodida película, se dijo, esto soy yo y mi no saber dónde meterme. En segundo plano la mujer que fumaba se sintió repentinamente incómoda, miró hacia la

puerta, respiró fuerte, miró intensamente la barra, respiró fuerte,... qué situación... se dijo... no, no estaría bien, tras rechazar planes de fuga con una sacudida de cabeza, respiró fuerte y finalmente dijo: Mario...

- Mario...

- ¿Qué?. Por dios Pau, no me llames Mario... qué manía te ha dado con llamarme Mario. Papá, qué tienes contra papá, todos los niños llaman a sus padres papá y no les parece tan complicado.

- Tú no me llamas hijo, me llamas Pau. - lanza provocador el niño, defensor a ultranza de la equidad y la lógica. - Si yo Pau tú Mario, si tú papá yo hijo - razona con humor comanche.

Una nube pasa furtiva llevándose a la Luna. Mario señala a lo alto: - Hijo - Pau, nube zamparse Luna.

El niño le mira desafiante: - Papá - Mario tú decir tonterías.

Mario se enfrenta a esos ojos inraicionables, poniendo su mejor voz de padre: - Canijo equivocarse, papá decir cosas poéticas.

- Tonterías- chirría Pau, - ¡tonterías! - presa de un incongruente ataque de risa. - Mamá decir llamar cosas por su nombre. Nombre tú: Mario. Cosas tú decir: tonterías.

-Me contaron de tu vuelta, de la muerte de tu madre. No sé, vine. Pero ya ves no he conseguido pasar del bar- No le había ofendido no ser reconocida en un primer momento. Ella era una persona de escalas, y en la triste clasificación de sinsabores la muerte de su madre ganaba.

- Es curioso - dijo Mario tras soplar el café hirviente. - Eres la primera persona que dice la palabra muerte esta tarde funeraria, llevo horas soportando circunloquios para evitarla, como si fuera un insulto.

- Hay que llamar a las cosas por su nombre - dijo Laila. - O callarse. Había decidido callar, no sabía que decir, estaba a punto de volver a casa.

- Allá nadie sabe qué decir, no te creas. Piensan que lo saben, por un momento se sienten inspirados o terapéuticos u obligados. Deberían prohibir hablar en los funerales. A veces simplemente no hay nada que decir. Dios, no es tan grave. Pero no, no se callaban.

La abrazó. Ella sorprendida se atragantó con el humo. No quería toser, quería ser firme y cálida, el sujeto perfecto de un abrazo. Pero tosía. A Mario le hizo gracia.

- ¿Sigues viviendo en...?

- Sí - dijo ella en un hilo de voz ronco-, y sigue apestando a tabaco.

- Claro...

- Al menos eso dice Pau - Laila se concedió tres segundos para tragar saliva - tu hijo detesta el tabaco.

Quince años sin fumar son muchos y encima (como siempre) habrá que explicárselo a Pau. Pero un cigarro es siempre un atajo al silencio, un alibí para poder callar, para retrasar la pronunciación de algunas palabras proscritas como insultos. La nube deposita intacta la Luna en su sitio y continúa su camino entre las copas de los árboles.

- Mírala, la ha devuelto.- Constata Pau.

- ¿Cómo estás tan seguro de qué es la misma Luna?. Yo creo que la ha cambiado - le susurra confidencialmente al oído.

- ¿De veras? - Pau afina la vista, y la observa minuciosamente - no sé, a mí me parece la misma...

- Claro hombre... ¿crees que son tontas las nubes?, ¿que se llevan lunas flacas y las sustituyen por gordas lunas llenas para que todo el mundo se entere?. Tú fíjate bien, mira esa nube roja que llega por ahí. Va cargada de lunas y de estrellas. ¿No ves esa estrella que acaba de colgar?.

- Mira esa nube sin embargo, es una ladrona, se ha llevado un par de ellas. - Pau, le mira de soslayo como esperando que en cualquier momento su padre le desmienta. Pero Mario sonrío, satisfecho. Luz verde para Pau - De

todas formas creo que la Luna es la misma. Tal vez solo la haya limpiado un poquito.

- Puede ser: una nube ladrona y otra limpiadora, ya ves: hay nubes para todo.

- Claro... la gorda limpia, esa gris de ahí se lleva las estrellas escacharradas, y la que tú decías, la roja...esa va colgando estrellas nuevas.

Cuando Pau se vuelve hacia él para ver si realmente avala su teoría, lo encuentra encendiendo un cigarrillo.

- Papá ¿qué haces?.

- Estoy fabricando nubes pequeñitas.

- Tus nubes pequeñitas apestan. - dice con cara de disgusto. Le devuelve su mirada al tablero, allá arriba, donde nubes hacendosas juegan a administrar los astros.

Mario le observa mirar a lo alto, después de todo hay algo que está claro: El cielo es un lugar mucho más interesante con un niño lunático al costado.

Laila tomó asiento, junto a él, frente a la barra. Sin piedad un enorme espejo, los copiaba tras el camarero. Ella lo miraba fijamente como si quisiera poder observar la escena desde fuera. No estar allí, no ser esa mujer con cara de estar poco convencida de haber hecho lo justo. No conocer a ese hombre con los ojos cerrados, mudo, intentando entender, intentando entender, algo que tarde o temprano ella le debería explicar. Cuando intuyó que él volvía los ojos hacia ella se puso a buscar torpemente un mechero en su bolso, sabiendo que cuando lo encontrara, cuando la mujer del espejo encendiera otro cigarro, empezaría la conversación más dura. La más dura de todas.

Aquella vez, años antes, también era mayo, no se entiende muy bien qué gusto morboso tiene el tiempo por autoplagiarse. Mario no estaba allí. Una ciudad del Norte, un mayo con complejo de noviembre, una cabina con los cristales empañados, Laila al otro lado de la línea. Ella lloraba. Él no. Miraba un montoncillo de monedas extranjeras sobre la repisa de la cabina. Sobre los prefijos de los teléfonos de todos los países en los que aún no había estado. Se

sintió tentado: un penique al aire, cruz deriva, cara hijo. Cruz transferencia bancaria, cara billete de avión. No lo hizo, la cara le aterrorizaba. Ella ya no lloraba. Ella vivía en un mayo consecuyente. Un mes luchando por ser alegre. - De acuerdo - dijo. - De acuerdo. Tienes razón. No podemos: tú no puedes, yo no puedo... envíame ese dinero, por favor, si no no llego a fin de mes.

- Claro... - dijo él aliviado- ¿sabes ya dónde ir?.

- Sí, sí, tengo amigas que ya han pasado por esto... no voy a ser la primera ni la última... pediré cita esta semana..

- Laila, mira, no sé si voy a...

- No, olvídale, no te necesito allí... no es un parto esto...

Él guardó silencio, el cristal cada vez más empañado, quedaban pocas monedas sobre los prefijos.

- Perdona la falta de delicadeza... en fin. Supongo que ya está, déjalo, vas a arruinarte. Estaré bien, no voy a ir sola.

- Sabes que es lo mejor, ¿no?

- No, no sé si es lo mejor, solo sé que es la decisión que hemos tomado. Punto.

Él miró la última moneda que quedaba, como calibrando su criterio.

- Me quedo sin suelto, Laila, te llamaré esta semana para ver cómo ha ido todo. Siento de veras no estar allí. Espero que no sea muy duro.

- No te preocupes. Un beso.

Se guardó la última moneda en el bolsillo y dejó que sus pies le guiaran fuera de la cabina, intranquilos, confusos, por las calles de un mayo otoñal.

Allá, en el reflejo, Mario no miraba ya a Laila. Un cigarro mal apagado humeaba en el cenicero, ella dudaba.

- ¿Estás aquí? - dijo la hermana de Mario bien centrada en el espejo- se ha acabado. Ya se han ido todos. - Mario la miraba sin reaccionar.

Casi a su rescate Laila se giró sobre su taburete. - Hola Carmen.

Carmen la miró con una ternura ausente de lutos, de protocolos, de reproches. Se abrazaron, Laila no tosió, fue la perfecta compañera de un abrazo. Hubo lo sientos y gracias, y cuánto tiempo, y dónde has estado, y cómo me alegre de verte, y más lo sientos y más gracias. Y Mario que salía por la puerta del bar, los pies hechos un lío, dolor de cabeza, terribles frases simples con madres e hijos como protagonistas acechándolo.

Carmen lo seguía con la mirada- míralo: el fugitivo. En el fondo me da pena, parece que necesita triple ración de oxígeno para sobrevivir, así va a quedarse solo flotando en el aire.

Laila lo miró también, tenía sus propias razones para compadecerle. Cogió una servilleta de papel y apuntó un número.

- Tómalo - dijo dándoselo a Carmen. - He cambiado de número. Puede que quiera llamarme un día.

- Claro. Dios Laila, estás igual... ¿cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

- Cinco años.

Parece que hay tiempo muerto allá arriba, no más tráfico de estrellas, y Pau consecuentemente ha cerrado los ojos, tal vez prosiguiendo el juego en su cabeza. En realidad no lo sabe, Mario nunca lo sabe, mundo desconocido el que palpita tras los ojos de su hijo. Y él ya duerme sin sospechar que de un salto al sueño, se ha convertido en el centro de su universo. Mirándole siente reafirmarse el suelo sobre su cuerpo, cada una de las piedrecitas clavándose en sus piernas, la noche física y presente, la tierra del ahora, del momento, de Pau soñando con quién sabe qué cielos. A veces aún necesita flotar, desvincularse. Devolverle las riendas a las puntas de sus pies, hace ya tiempo relegadas del mando. Le cubre con su abrigo, el niño ni se inmuta. A un paso le sigue otro, después otro, y sin embargo, tiernos pies enamorados, consiguen avanzar sin alejarse demasiado, ejercitarse sin huir.

Se apoya contra un árbol, le cuesta sobrellevar el peso de su cabeza, con los ojos cerrados, él también se desliza en un firmamento de estrellas frescas. Esta

noche el tiempo se escurre entre los recuerdos, los enjambres de palabras pasadas zumban en todas las esquinas de sus pensamientos.

- ¿Mario, te vas? - Pau aparece recién aterrizado de un planeta de enanos, más pequeño aún, dentro del abrigo de su padre.

- No- contesta con los ojos aún cerrados, la cabeza contra el árbol, el árbol sobre la tierra. - No me voy a ningún sitio. ¿Dudabas?

El pequeño se sienta a sus pies y le mira desde abajo. - No lo sé papá, tú no estabas ahí. Y luego estabas. Tal vez otro día miro y ya no estás.

- ¿Y tú quieres que esté?

Un brillo de estrella fugaz le atraviesa los ojos, los pequeños ojos intraicionables de enano.

- Mario, no preguntes tonterías.

El árbol sobre la tierra, la cabeza contra el árbol, y todas las palabras humildemente mudas mientras Pau busca piedrecitas entre la hierba.

- Y tú no lo sabías.

- No Carmen, no. No acordamos eso.

- Ni lo sospechabas...

- Ella fue a la clínica, dice que todo estaba claro, se puso un camisón blanco. Cuando el médico entró, ella fumaba un cigarrillo. Cabreado, le dijo, no, de ningún modo, no puede usted fumar aquí. Ella contestó: en ese caso iré a fumar fuera. Y luego no entró. Me dijo: luego no entré, y yo que cómo, que porqué y ella nada. Volvió a casa en camisón. Le digo ¿qué te pasó por la cabeza? Ella dice que nada. Que había algo de obvio en todo aquello, algo de anunciado, de consensuado con quien coño sabe qué parte de sí misma.

- Y tú, ¿tú querías saberlo?

- Yo quería que ella no lo tuviese.

- Pero lo tuvo, y tú no querías tenerlo.

- Sé lo que haces.

- ¿Qué hago? - dijo Carmen, con el resquemor de alguien que secretamente sabe que está por ser delatado.

- Me acusas de huir de situaciones que desconozco... total, ¿qué se puede esperar de Mario?

- Ayúdame a recoger. No podemos dejar todo así.

Cogió una enorme bolsa de basura y empezó a seguirla por la casa, ella tiraba platos de papel dentro, sin mirarle a la cara, como si la bolsa le siguiera por sí sola. Ella a solas con los restos de aquel día de mierda. Ella a solas con la resaca de aquellas horas infames. Los pies de Mario lanzaban propuestas contradictorias, se encarnizaban en una estéril polémica sobre qué caminos hubiesen elegido de saber, a dónde llevaba al final, qué nacía o moría en el principio.

Carmen le quitó la bolsa de las manos para cerrarla con un nudo, con toda esa basura a raya se apresuró a decir... “Lo siento. Pero ya es tarde, no puedo cambiar las cosas. Laila tampoco. Sé que tenía que haberte dicho que mamá estaba muriéndose. No puedo cambiar las cosas. Es tarde, solo queda reconciliarse con el tiempo. Solo queda ponerse en hora”.

Las puntas de sus pies eran bastante más esquizofrénicas que las de Mario. Y para colmo el pobre bicho tenía cuatro. Se las lanzaba en contra y acababa invariablemente por los suelos, un lío de patas y de pelos rodando por la jaula. No lo pensó mucho, sabía que cualquier pensamiento de más sería un estorbo, un lastre innecesario para un camino que antes o después tenía que recorrer. Miró a sus pies intentando aleccionarlos, mientras que aquel cachorro jugaba a hacerse zancadillas simultáneas, para luego auto increparse con cuatro ladridos. Cógelo, antes de que tanto malabarismo canino resulte peligrosamente metafórico. Llévatelo, vamos. Y se fue por la calle, con aquel chucho en brazos, recreando en su cabeza un recorrido que nunca presenció. El de Laila, ausente, absurda, en su camión blanco, todos los pensamientos a raya. Cinco años atrás, en un mayo obsesionado por ser mayo, más allá de cabinas en el Norte donde monedas cobardes callaban. Con los zuecos de hospital, subiendo las escaleras de su casa. Y allá, rellano cuarto piso, la realidad revela por primera vez su antipatía: idiota, ¡no tienes llaves!

Con aquel perro, igualmente ridículo, con la misma determinación, Mario volvió a aquella casa. Escenas no vividas luchaban por confundirlo. Laila sentada en el rellano, fumándose un cigarrillo, cinco años más joven: hola, no sabes qué me ha pasado, me he dejado las llaves, no he podido hacerlo. Tal vez fuera la amiga quien llegara, la ropa de ella en una bolsa de plástico, una sincera mirada de preocupación. Entra, le prepara un té, se abrazan. No lo sabe, él no estaba. Ahora sí. Y ella también, se movió un cerrojo, se abrió la puerta. Perro y hombre callaron. Rellano cuarto piso, tras la puerta sonaba un televisor y olía a humo, Laila no tenía espejos a los que traspasar y calibrar desde fuera qué debería hacer esa mujer morena con cara de necesitar un cigarrillo respecto a ese hombre, respecto a ese perro, respecto al niño pequeño que se deslizaba fuera de su casa.

- ¿Dónde está mamá? - empieza a hacer frío, Pau ha despoblado de piedrecitas un metro y medio cuadrado.

Mario se raspa la espalda en un descenso en picado tronco de árbol abajo.

Están a la misma altura, él lo mira infantil e implacable. Es estúpido intentar mentir a Pau. Mira arriba a la Luna como buscando socorro, pero nada, un nuevo equipo de nubes hiperactivas la mantienen ocupada.

- ¿Dónde está mamá? - Mario se acuerda de Carmen y de todas las respuestas ambiguas que él nunca quiso interpretar. Los niños nunca juegan a institucionalizar malentendidos, buscan frases simples que contengan en sí las causas y sus consecuencias. Terribles frases simples sin diplomacia. Su hermana sin embargo había sido hábil, todas sus subordinadas merodearon durante años en torno a habitaciones de hospital blancas y asépticas donde palabras proscritas desconjugaban el futuro, sin abrir nunca la puerta, dejándole fuera y a salvo. Una frase simple sería la llave que le rescatara de su dolor de cabeza, una frase simple para Pau.

- Pau mira - sabía que no había escapatoria - éste es tu padre, y éste creo que es tu perro. - Tal vez no fue buena idea tantas novedades al mismo tiempo. El perro le pareció mucho más interesante que el padre.

- ¿Tengo un perro? - dijo un Pau de cuatro años. Era cierto que el cachorro sobrellevaba la presentación con mucho más garbo que Mario. Sus patas parecieron ponerse por primera vez de acuerdo para agarrarse al pie de Pau. Cojeando, jugueteón, muerto de risa, entró de nuevo en la casa con el perro.

Los dejó allí solos: Mario y Laila, rellano cuarto piso. Inoperantes adultos. Intentando reconciliar un mayo con otro mayo.

- ¿Qué pensarán los perros cuando miran a las estrellas?

- No lo sé.

- Ya sé que no lo sabes, tú no eres un perro. Varias noches, la semana pasada, se quedó mirando al negro, con las orejas así, hacia atrás, y la boca cerrada, sin jadear ni babear ni nada, todo serio. ¿Qué crees que pensaba?

- No lo sé Pau, no soy un perro.

- Bueno, un poco perro sí que eres.

Desarmado, Mario observa a su hijo arrodillado, arriba nubes heladas, estrellas quietas, un cielo paralizado sobre sus hombros. El niño sonríe, con todos sus dientes pequeñitos, una herida blanca en la noche. Sonríe, pero un poco más arriba, sus ojos: dos negras lunas llenas, lloran lágrimas inmóviles.

- Papá, Mario, no tienes que decirme lo de... vi a mamá llevárselo en el coche. Ya sé que estaba muy enfermo.

- Quiero decírtelo. Debo explicártelo.

- No... tú solo ayúdame a mover el cielo.

PREMIADOS

POESÍA

PRIMER PREMIO

SOFÍA FERNÁNDEZ CASTAÑÓN

SEGUNDO PREMIO

ANDRÉS GONZÁLEZ ANDINO

ACCÉSIT

ERIK HURTADO SAURA

SARA TORO BALLESTEROS



POESÍA

PRIMER PREMIO

SOFÍA FERNÁNDEZ CASTAÑÓN

FECHA DE NACIMIENTO: 01/11/83.

FORMACIÓN:

- Filóloga Hispánica por la Universidad de Oviedo.
- Curso “Las novelas de Gijón”, Univ. Oviedo, 2006.
- Encuentro Internacional “Match Impro”, Teatro del Norte, 2006.
- Curso “Literatura y cine”, Univ. Oviedo, 2002.
- Taller de Teatro Sala Quiquilimón, (2000-2002).
- Taller literario de la Semana Negra, (1997-2003).

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Desde 2002 trabaja en medios de comunicación de Asturias (televisión, radio y prensa).
- Directora del programa cultural Señalados, (2004-2006).
- Ha dirigido los dos capítulos de la serie “Asturianas de cine” para la Filmoteca de Asturias.
- Ha participado en el festival Palabra y Música y en Cosmopoética, (abril, 2008).
- Coordina la productora audiovisual Señor Paraguas.

Premios:

- Premio AMAS a Mejor Videoclip 2007.
- Premio de Poesía Joven Pablo García Baena en 2007.
- Premio Vídeos Regionales Principado de Asturias en 2007.
- Premio Asturias Joven de Poesía 2006.
- Premio Astragal del Principado de Asturias en 2006.
- Premio a Mejor Actriz AHA en 2004.

Obra publicada:

- “La edad del óxido”. Antología de relato joven. (Laria, en prensa).
- “Hank over. Resaca”. Antología. (Caballo de Troya, 2008).
- “Últimas cartas a Kansas”, (La Bella Varsovia, 2008).
- “Animales interiores”, (Trabe, 2007).

CULPA DE PAVLOV

*“Cuando disecciono y destrozo a un animal vivo, oigo en mi interior
el amargo reproche de que con una mano brutal y torpe
estoy estropeando un mecanismo artístico incomparable.”*

Ivan Pavlov

Alerta,
como el perro que siente ladrar
y teme
porque se sabe limitado.
Así dejo que las tardes
me devoren los pasos:
alerta,
no sea que en el intento
engullan además
mis pies.

Llegamos a casa
y cierras la puerta.
Tres vueltas
y la llave
en la cerradura.
Lo haces
porque sabes que si no
antes de dormirnos
atravesaré el pasillo
buscando seguridades.
Son manías,
ya nos conocemos,

como echar el rudimentario
pestillo
a esta puerta blindada
con tres vueltas
y la llave
en la cerradura.

Llegamos a casa
y cierras la puerta.

Así me ahorras el paseo
antes de dormirnos,
sólo tengo que preguntarte
y me besas en la frente
y me dices sí, pesada.
A veces nosotros somos
ese pestillo,
rudimentario, inútil.
Una paz
inhabrensible.

Estoy ciega.
Ciega,
normal que no encontrara
tu dirección
en la lista de
malas
ideas
que escribí
dos noches antes.

CONDICIONAMIENTO OPERANTE

Qué sencillo es todo ahora
en esta casa okupa,
con tu camiseta de *Taxi Driver*
cubriendo las heridas
y el miedo
un poco lejos

drogándose en un rincón.

LAS CAÑAS PRETENCIOSAS

“sublime sasn interruption”

Baudelaire

Es tu terreno, conoces
la técnica:
hablar con la intensidad misma
de rosas abriéndose muy rápido.

La dificultad llega
cuando se aplica la perspectiva,
cuando después de cada metáfora
sólo hay un capullo.

Desde el suelo sé
que siempre es lo mismo:
un timbre
-el de tu voz-
y mi respuesta
casi de autómata.
Desde el suelo se ve
con claridad, este
proceder ingenuo,
como el de un preso
cuando descubre el primer
abrazo real de su vida.

Suena el timbre,
me levanto de la lona.
Sudando esperas
que vuelva a por más.

ENSAYO SOBRE LA CEGUERA

No vi nada.
Ni las escaleras.
Ni la puerta de tu casa.
Ni el mundo en obras
alrededor de nuestras manos.
No vi una cortina infinita,
ni tu pelo como el filtro de esa noche
que más de una vez fingimos
[esquivar.

No vi nada.
Ni las trampas esparcidas
por la tarima que nos encontró
[desnudos.

Ni la polea que tiempo después
me separaría los tobillos
de la fuerza.
Ni los golpes, ni los trucos, ni las armas
de las que te sirves cuando el miedo
hace las veces de anfitrión en tus
improvisaciones.
No vi nada.

Ciega
e iluminada como una creyente
[en éxtasis
entré en tu casa.
Y no vi nada más.

El castigo empieza ahora
con los ojos inyectados en sangre
y esta decepción.

Que vengan todos.
Y sobre todo
los mancos
los asmáticos
los lesionados en un hombro
los ciegos
los enfermos cardiovasculares
los apenados
los del tumor en el pecho
los cansados
los enclenques.

Que vengan todos
y levanten las cajas
los armarios
la mesita de noche
la orla
el espejo
los libros

las sartenes y
las cosas del baño.

Que vengan todos
y se lo lleven todo.
Y por favor
que nadie olvide
recoger ese músculo,
-como el ventrículo izquierdo
de un animal de carga-
aún más débil que esta
mudanza a ninguna parte,
de encima del tocador,
de la nevera.

Pero no
limpien el goteo, por dios,
que no digan
que de esta casa
se fueron
sin dejar rastro.

DEL OBJETO A DIÓGENES

Será mejor que me dejes
ahora que aún soy sólo
un resto un desperdicio.

No me tengas el tiempo
suficiente

como para que forme parte
de tu vida.

Se han ido todos.
Hasta el perro.

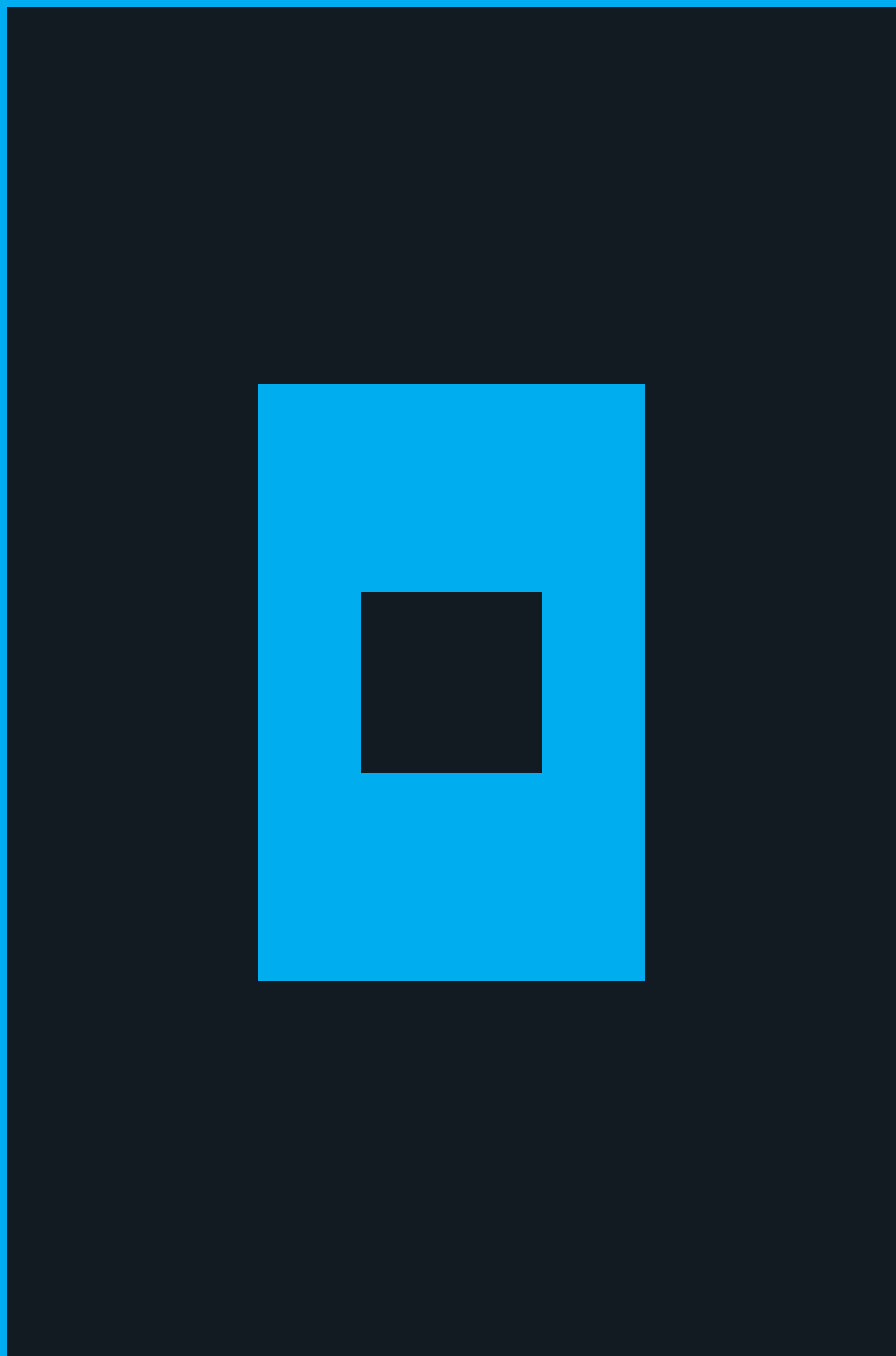
Se acabó el bullicio
que un día manchaste
creyendo que era un poema.

No queda nadie, ni
apuntes, estudios, rencores,
artefactos
para la mejor de las huídas.
Nadie
que se quede a ver cómo acaba
este capítulo
dentro de la serie
-no, no te avisaron
que tu personaje moría pronto, no
dejaron trama
para la resurrección
o el flashback-,
se fue el público.

Quedáis tú,
la campana

y saliva suficiente
como para que esto
se te atragante.

■ PRIMER PREMIO "CULPA DE PAVLOV",
SOFÍA FERNÁNDEZ CASTAÑÓN



SEGUNDO PREMIO

ANDRÉS GONZÁLEZ ANDINO

FECHA DE NACIMIENTO: 15/02/79.

FORMACIÓN:

- Ingeniero de Telecomunicaciones por la Universidad Politécnica de Madrid en 2005.
- Integrante durante siete años de los Talleres de Escritura de la Escuela de Psicoanálisis y Poesía Grupo Cero. Desde 2006, integrante del Taller de Poesía Puertos del Barco Ebrío.
- Participante en las Jornadas de Poesía Última 2008 organizadas por la Fundación Rafael Alberti.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Colaborador en las revistas “El Indio del Jarama” y “Las 2001 Noches”.
- Ha ofrecido numerosos recitales poéticos organizados por diversas entidades, entre las que cabe destacar la Red de Arte Joven de la Comunidad de Madrid. Entre 2006 y 2007 coordina y lleva a cabo ocho lecturas con título “Poesía de las dos orillas”, organizadas por el Espacio Psicoanalítico de Rivas.

Entre los galardones obtenidos son reseñables los siguientes:

- 2º Premio en la III Convocatoria de la Asociación Pablo Menassa de Lucía, (2002).
- 1er Premio del III Certamen de Poesía al Instante, (2006).
- Finalista del 61º Premio Adonáis de Poesía, (2007).

Poemarios publicados:

- “Talleres de Poesía I”. 1995. Ed. Grupo Cero.
- “Desde el umbral”. 2002. Ed. Grupo Cero.
- “A golpe de lluvia”. 2003. Ed. Grupo Cero.
- “Iniciales: seis poetas en principio”. 2003. Ed. Vitruvio.
- Cuenta además con otros dos poemarios a la búsqueda de publicación.

HAUS

*Sólo un poeta
podrá encumbrar
la montaña de cucharas*

HOGAR

Un pie descubre el hogar

El silbido repentino
bajo las hebras de un amante

sabe que
todas las niñas
son perras
detrás de estos muros

Perdona estos alimentos

los del otro lado
intentan una paloma
con cada página

Es insoportable la tragedia
de la gota de sangre
en mitad del templo

:bendito sea el que lame la
[maldad

Perdona estas lenguas

EL BUEN PASTOR

Amo las gloriosas ciruelas,
porque amo los primeros pezones.

No te hablaré en el huerto;
en mí germina
una razón dichosa.

Si el esclavo se ha revelado a mi voz
es porque mi lengua ofrece
[distancia.

Escatimo en piel
y nunca el cascabel me produjo
tanto miedo.

Tengo miedo
como la oveja, como la oveja,
[como la oveja.

Pero el rebaño nunca medita
acerca de mi hambre.
Soy la inocencia, inapetente.

Quien celebra la leche
no puede amar la carne,
blanda noche
engañada por naranjos.

Bajo un farol se proyecta
un queso esquizoide
y en la fragua, dos sombras

idiotas

(y dos niños que arden)

EL JARDÍN

La abuela viste hoy
su eterno delantal
de torturar flores.
Sale al jardín
(el jardín se esconde)

La abuela viste hoy
la sonrisa tatuada, ojos vueltos
al humo de otro tiempo.

Su mano encallada
toma al ángel atrapado
en el clavel del aire
(la luna ruge)

La abuela golpea dulcemente
contra la roca al ángel,
hasta que su carne mórbida
desprende el resto humano.

Mientras, canta
la única balada desdentada
que conoce.

La abuela vuelve a la casa

y la piedad cierra la puerta
(el jardín sale a jugar)

El ángel se atrapa de nuevo
en las venas.

LA MISIÓN

el alto cielo
el bajo cielo
una nube blanca
un pájaro blanco
una nube negra
un pájaro negro
una chimenea
una fábrica
una puerta
dios

■ SEGUNDO PREMIO "HAUS",
ANDRÉS GONZÁLEZ ANDINO

horizontalidad

no es paisaje
es tiempo

eres tú que observa lo que digo
y no sabe lo que digo

digo
pájaros ceniza se posan en tus

[palmas

y pájaros ceniza se posan en tus

[palmas

recuerdas
para que la fábrica de dioses
aprenda a cantar

entonces recuerdas
y tu cuerpo en su gran llaga
[escucha
desde la habitación de sal

INAPETENTE

Herr Professor disecciona el bistec
frente a sus hijos hambrientos,
mientras divaga.

La brisa de cal
hincha las estrellas del pabellón
:habitan la ceniza

Suave música
ilumina las botas ágiles.
En la mesa,
un banquete hiere
las manos justas.

Cantamos y comemos
en nuestro hogar,
en nuestro hogar arden
:¿qué hogar?
los ojos llenos de polvo.
Las escobas limpian lo que pueden,
Herr Professor
(demasiada suciedad)

Se reclina
en la silla
y eructa
otra cuchara.
La montaña
de cucharas
no permite
ver el mar.

RESPECTO

Cuando la pequeña centinela
se ahorcó en el patio,
el abuelo ordenó cerrar todas
las puertas a las sombras.

Pero la vaca se negó
a llorar

y el torerillo

la ordeñó de espanto.

De una punta a otra
abrió el lirio los silencios
para escapar.

Sola, una mosca camelaba
el pie desnudo

dijo

:cerrad las puertas

hasta que el ataúd
muestre
el
debido
respeto.

EN OBRAS

Paso a ciegas hasta
donde el ciego cuenta que
a las madres en la punta de
donde las salvas hablan si
pero el niño se desnuda a
del turista que quiere entonces

entonces

ojo en

maldad desde

calavera tan y tan

inerte corazón por cuanto

no llega la

menos que una

derramando calendarios que

y que

los piensa y

desde la vegetación sin

una respiración de

un dedo ensangrentado donde

lo que digo si

pero si no si

pero si no tal vez

claridad que nos

al comenzar la ceremonia de

alguien si frecuentemente

aullido a los

una maceta tiene

enterramos hoy sin duda

te correspondemos con

■ SEGUNDO PREMIO “HAUS”,
ANDRÉS GONZÁLEZ ANDINO

lamento el malentendido si
pero yo no
no acabo de
no acabo

LA CADENA

Sobre la tabla de planchar
están encendidas todas las flores.

Madre dice
que deben sonreír a latigazos
:es la única manera

Sobre la plancha
hay un trono de vapor.
Quien inhala la penumbra
alisa su deseo demasiado.

La tristeza se convoca
toda vez
que la plancha
encuentra el cuerpo
de otro día.

Solicita a las paredes un gran
incendio de reses.
He aquí las reses, ardientes
:pasan de largo

la casa entera encadenada
cuarto a cuarto
muestra sus luces orgullosas
y sus flores descarnadas.

DEUDAS

Padre, en su escritorio,
es un anciano en la montaña
cuando abre la carta del banco
:realidad efímera

He aquí la roca-silla.
He aquí la fe-ciudad.

Padre sufre el déficit exacto
de no haberse peinado a raya
la cabeza.

Inversión e inmersión.

Se ahoga con una gota de café,
pero se salva con una toalla
[purísima.

Aquello que nunca falla,
este bolígrafo de talla elemental,
no ofrece firma

(días llorando)

Le alumbran el rostro
dos
querencias

pero no las puede pagar.

TRANSPARENTE

Aproximarme a la ventana,
ver el hocico blando que se llega
sin prejuicio
para mirar mi invierno.

Mirar yo de frente el invierno,
saber de todas las mujeres
en todas las habitaciones
dentro del hogar.

Y el hogar,
y la brasa purificadora,
y la hembra,
arder con ella en la locura
de tener que decir la verdad
ante la ventana sorda.

Ante mí,
un hombre y un perro
se cruzan,
se detienen,
hablan.

Definitivamente,
soy mi tribunal.

VECINDARIO

Buenos días

Tal vez

Hoy hace calor ¿No es cierto?

Puede no ser cierto

Cada vez que pasa usted
ante mis ojos me asalta
un escrupuloso ruido de otoño

Quizás no tenga Ud. ojos

¿Qué hace aquí?

No lo sé

¿Cómo piensa vivir?

No lo sé

Parece Ud. la hembra preñada
de sueños que arrastra en su
[lengua
una singular duda

Francamente

Es seguro que este sueño es suyo:
yo subía a un vagón...

Allí violé a mis hijas

...y mi respiración estaba sujeta
al pecho, como el mirlo
está sujeto a su canto...

¡Qué pintoresco!

■ SEGUNDO PREMIO "HAUS",
ANDRÉS GONZÁLEZ ANDINO

...por el momento hablo,
pero esto sólo indica
que soy uno,
mas nada me asegura
que sea yo...

¿Ha pensado en casarse?

...entonces llega el miedo,
esa certeza de miedo
¡Dónde está el animal
que establece mi seguro Yo!...

¡Realmente debería casarse!

...el sueño termina
con una ventana helada,
donde se asoma la muerte
y cuenta mis segundos

El sueño es mío y Ud. es un gusano

Por un momento temí ofenderle

*Los vecinos toleramos cualquier
comportamiento*

Buenos días

Tal vez

ESTÉTICA

y
el
decorador
recomendó
encarecidamente

colocar
una
anciana
rolliza
junto
a
la
chimenea

EL LUGAR

Madre conoce la ley;
sabe qué debe hacer
cuando la despensa está vacía.

Todos los días
el mismo hurto
en la memoria

otra vez
escapó el gramo oculto
del carnero,
quedaron dos ojos
y algo de lluvia en la pecera.

Abre la boca y muestra
el camino de hormigas,

que la despensa está vacía
:moscas de sangre a las
[puertas

Madre es la ley y la casa
si se la golpea en el sitio preciso.

EL PROCESO

:Para enamorarme
:formas un círculo
:de moscas muertas
:alrededor de mi casa
:Acabas de comenzar
:tu ritual
:pobre vencedor
:Sabes que no te amo
:pero en tu hacer
:hay triunfo
:pues confías ciegamente
:en la muerte
:de este amor
:y la muerte es
:siempre miel
:para la mosca

viva

BAJOS HORNOS

En la cocina,
lo mismo irreplicable,
siempre.

El soldadito hermoso
con los senos llenos
amamanta un ejército
de serenados.

Aparejos de matanza
y la anónima cuchara
se sientan en la mesa
presidencial.
Los que asienten mientras
mueren,
los que aplauden entonces y
-el cuenco del discurso se
[derrama-
y nada.

Entonces,
el pelotón que avanza
buscando muerte que fusilar.
Y los niños con ceniza en los
[labios
:corren hasta el borde de la
[fosa
:observan el descenso
:cantan los salmos prohibidos

Desde el último vagón protestan,
por el ruido,
los judíos.

**SOY UN COBARDE,
COMO VOSOTROS**

Confirmo el imperturbable
trazo de la pluma.
Nada nos hostiga tanto,
nada nos emociona tanto,
como para dar lugar a derivas
en nuestro aliento.

Yo tengo la mirada
enterrada en el final.
Y es tan terrible
como imagináis.

La unidad de mi canto es
demasiado cero,
una causa caprichosa
-si aún fuera causa.

Tomo la pala y voy donde
han orinado las bestias
para que no crezca
nada.

Estos dos brazos sólo quieren
moverse ante la muerte.

Cavo con igual entusiasmo
que un discurso fascista.
Cavo a la profundidad exacta
del agujero en mi mente.

En la extrema fidelidad
de mi destino, sobrevive
un levisimo temblor
(y no puedo equivocarme)

Ahora se descentra el ojo:
veo la estúpida sillita
en la que se ha sentado la ley
toda nuestra vida.

¡Hemos olvidado el peligro!
-grita un grito desde el fondo.

Esto sucede:

un pájaro, pía
un pez.

Nada.

ACCÉSIT

ERIK HURTADO SAURA

FECHA DE NACIMIENTO: 02/11/80.

FORMACIÓN:

- 2º Bachiller.

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- 6º de violín.
- Integrante en la Orquesta Sinfónica de Melilla durante 8 años.
- 1º premio de poesía en el Certamen Arte Joven de Melilla, 2005.
- 2º premio fotografía en el Certamen Arte Joven de Melilla, 2006.
- 1º premio de poesía en el Certamen Arte Joven de Melilla, 2006.

- Me dedico como autodidacta al collage desde 2002 y me encargo de un proyecto de música experimental llamado “Olelé Brut”.

LA CAJITA 13

LA MAISON DIEU

Hélice! Veleta! Peonza!
Repite el final de las cosas
Y si las catedrales explotan entonces
Seremos catedral
Dijo el rey
A su reina.

UN SOSPIRO

Sostengo la masa catedralicia
De toda la música clásica
Asesina y vitoreada
Del siglo del amour fou
Con la punta del pie
Corazón en remolino
Y te beso y te beso
Hasta que dejes de ver.

PARAGUAS

Oh para usted mi señora del pío pío
En su línea ecuatorial
Con su peine de charol

Y zapato cristal-pan.
A sus pies mi señora leche
Pongo mi letra torcida
Y mi cruz de funeral
Y si quiere besos ya sabe...
Será en el asiento de atrás
Y mi pelo largo negro
largo negro
largo fino
como escarabajo en mano de
santo
con perfil de pueblerino.

MÚSICA CARIBE

Cuando el violín toque
La nota de tu ombligo
entonces campanas!
Y el arco tendrá la forma del cielo
Y todas las teclas del piano
Se llamarán cariño
Y después por supuesto:
Aplausos!

SATIENADA

Virginia era tan coqueta
Tan coqueta
Que se pintaba las uñas
Como quien mira la mona lisa.

Además
Virginia era tan maleducada
Que desvestía a los niños de su
[colegio

Con unas tijeras de coser.

Y su novio
Por no molestar a sus padres
Bailaba sobre un solo pie.

FANAL

El mostacho de los montes con
[etiqueta nº 9

Está ya listo de gomina
Engrasado ya
Artilería!
Se disfraza de jugueteón olé olé
Y en tu ombligo y revolver
Triple salto
En tu cuerpo de onda
Una gota

Una mina
Es tu cuerpo que gira y mira
Trampolín! Violín! Violín!
Pudor
Y todo esto
Y aquello
Otra vez
Otra vez
Otra vez
etc.

PRIMAVERA

¿Y si yo tanto te quisiera que
[fuere por ti mi calavera?

ONDINA

Siéntate sobre tu bebé
Baila la córnea del tiro con arco
[de cielo
Pasea el nipón de suave mano
En la melodía óptica circular
De la paloma
Que creyó ser piano.
ATENCIÓN: No pisar la niña
[del ojo
en el patio del colegio.

CULEBRA

El cantante cantó dos veces dos:

Amó por igual las mujeres el

[ventilador el vino y el tumbar

Se deslizan las lágrimas

[disparadas desde el eje

Escándalo en Bogotá: todos los

[deportistas tienen el mismo nombre

Invento: el cielo con gramófono

[en la esquina de la novela rosa

El ciego: se rasca los peces de la

[entrepierna

Dinamo y Nebulosa: el Toro y el

[Picaporte

En lo cóncavo: un caño un ramo

El ojo de cristal: cae y tiene en el

[bombín

El velocista ya no corre

Meditación de motocicleta

Los aviones estallan sobre el mar

[pariendo bailarinas

Big-Bang, sí, maleducado como

[estas palomas blancas

Dolor de hueso de santo

Vamos a vestir el almidón del

[cielo con lucecitas y vestidos

[nuevos y coquetos

Y todo el mundo quiere besar el

[espejo de tu pierna rota

¿Podré tocar con mi ala el ala

[delta de tu ala?

Sí, quisiera violar el secreto de

[dados del cielo.

¡Y que por ello me dieran dinero!

Calcula el calibre del aburrimiento

Calcula el calibre del aburrimiento

Calcula el calibre del aburrimiento

CANOA

Hay tres senos en un metal vecino

Un dedo en el labio del molino

Un pastor en ojo femenino

Hay en la luna

Un motor melódico de amor

Y dos cielos en el campanario.

No más alto que un ciprés.

MISA A LAS 5

Murió la hija veleta del leñador

Celebración

Mi hermana se enamora y se casa

Desdicha

El último mulo muere
Bobalicón Saliva y Sol
Clavado al filo de los balcones
Coágulo del Espanto de la Noche
De su piel se deshacía
Último traje planchado
Esa noche el cielo tenía
Los Ojos y el Tabaco.

Amén.

BESTIARIO

1 cama garrote
con garra de tigre
1 panal en carnaval
y lalalí y lalalá
1 aspa de cielo
y un jarrón
que es un puñal...

rodad monedas rodad!

CRECEPELO

Al esqueleto de temblor
Le crece el bigote
Le sube el termómetro...
Y le viene cuesta arriba
Un deseo de Ferrari engréido
En colisión
Con las cruces del cielo
Díselo a la mujerzuela del abrigo
Siniestro total
En las 9 barrigas de Mahoma
Y 3 dedos
Con saliva
De Portugal y de un pueblo de
[Roma.]

INVENTARIO

Tengo 1 ojo en el sol
2 piojos en el trineo
3 pies en el pino
4 dictadores en la disneylandia
5 catalanes en el orinal
6 pechos en el tebeo
7 pío pío del río

13 SE LLAMA MI MADRE

Ieo! Ieo!
Olé Óleo Hilo Helio
Tic Tac Toc
Ki Ki Oca
Ocarina
dice el foxtrot de las 2 y cuarto

VISILLO

Ascensión al alto ano
No es de podredumbre el dado
El propio estiércol mencionado
De automóvil son 4 lados
De 4 ladridos dados
Mira don huevo enamorado.

ANCLA

9 soles en un andamio andamio
[andamio
y 8 gatos alrededor de una uña
y otra uña
y otra uña
y 7 tirabuzones
en el 6 de copas

y 5 marinos por el ojo del vecino
y ya sabe que
4 ojos
valen bien 3 molinos
y 2 manos giratorias
con un pelo largo
en el nudo del ricino.

BLUE MOON

Ondina menina minina
De tu vientre De cada uno de tus
[vientres
Nace un molinillo creciente
Y 3 puentes devueltos en el giro
[de una mano
Y un marinero
Que con su dedo
Tu boca
Toca
Como quien bendice con sonrojo
[de revólver
La carita de plato del cristo
Y el pelo de dos
Que es de dos
Y
Rueda de bicicleta
Rueda de bicicleta
Rueda de bicicleta

En tu eje
Bailan dos.

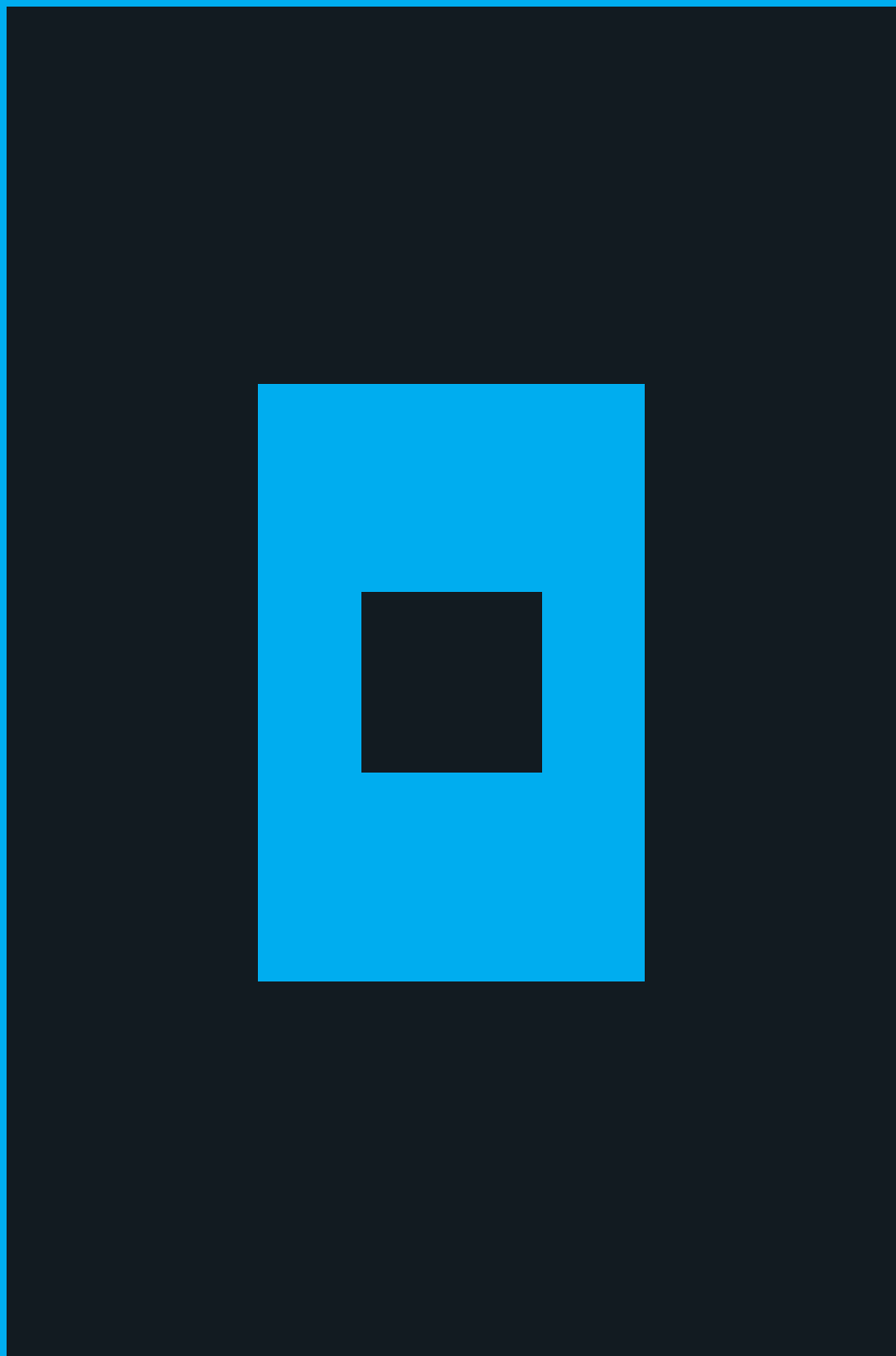
LA CAJITA

Ay este loco hermoso
Con cabello en anular
Con tres dedos en pez chino
Y dos dados en delantal
Con dos niños en ojo izquierdo
Y una luna que bañar
Que no cabe tanto cariño
Que de sonrojo se puede matar
Ay doble nudo en el cabello
Ala estrella caminar
En esta veleta de camino
En este andar al que será.

De las 13 campanas/hora
Y mi novia ríe el ping-pong
De la honda barca sola
¿Dónde está la popa?
¿Dónde la proa?
... eran las 13 campanas/hora
en la cresta de la ola.

SURF'S UP

En la cresta de la ola
Esperando el rock and roll
De las 13 campanas/hora
Y un ataúd
De pie
El de Napoleón
En la cresta de la ola
Esperando el rock and roll



ACCÉSIT

SARA TORO BALLESTEROS

FECHA DE NACIMIENTO: 16/02/84.

FORMACIÓN:

- Licenciada en Filología Hispánica por la Univ. de Granada.
- Alumna colaboradora en dpto. de literatura del Siglo de Oro (2004/05) y en de lengua española y sus didácticas (2002/03 y 2003/04), (Univ. de Córdoba).
- Curso de inmersión en lengua oral inglesa en la UIMP, (2008).
- Beca del MEC para el Curso intensivo de inglés en la Internacional School of English de la Univ. de Malta, (2007).
- Beca de Colaboración en el dpto. de literatura española de la Univ. de Granada para la realización del proyecto: “El erotismo en la literatura finisecular y principios del siglo XX: La femme fatale”.
- XXIII Jornadas de Teatro del Siglo de Oro de Almería, (2006).
- Beca Sicue-Séneca (2005/06), (Univ. de Granada).
- Congreso “Ridendo castigat mores”: Sátira y parodia en el Siglo de Oro e la Facoltà di Lettere e Filosofia de Ferrara (Italia, 2007).
- Congreso “Juan Valera en su centenario (1905-2005)” Ayto. de Cabra, (2005) con publicación científica.
- Curso “El Quijote (1605-2005): Nuevas lecturas”, Univ. de Córdoba, (2005).
- “Taller de creación de cuento erótico. Una reflexión multidisciplinar sobre la naturaleza humana”, Univ. de Córdoba, (2004).

- Curso “La tradición clásica en la poesía contemporánea” Univ. de verano Córdoba, (2003).

TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Colaboración en el taller de escritura creativa del Ctro. Penitenciario de Córdoba, (2008).
- Participación y organización del recital de música y poesía “Andaluces a 2”, Tomelloso, (2008).
- Participación en los recitales del cielo de poesía en los pubs “Noctámbulos”, dentro del programa de Cosmopoética, (2008).
- Participación en la exposición de “Tod@s somos Frida”. Homenaje a Frida Khálo en su centenario, (2007).
- Monitora en el taller de escritura creativa “Vivencias de mujer”, (2006).
- 1er premio en el V Certamen de Relato Breve el Cardenal Salazar, Univ. de Córdoba (2005). (En prensa).
- Poemario Souvenir, Córdoba. (En prensa).
- Poema en la revista “Mitad Doble”, nº VIII, Málaga, 2007, p. 21.
- Poema en la revista “Bar Sobia”, nº I y II, Córdoba, 2006, p.48 y p. 26.
- Poema en la revista “Tres orillas”, nº V-VI, Algeciras, 2005, p. 24.
- Relatos en la antologías “Como yo te amo”. “Dieciséis cuentos de todo corazón y Ropopompom”. “Catorce cuentos de Navidad”, (2004/05).
- Selección de poemas en la antología “Radio Varsovia”. Muestra de poesía joven cordobesa, Córdoba, 2004, pp. 118-122.

TRAVESÍA DE UN BESO

MI NOVIO ES LEXICÓGRAFO Y ACEITUNERO

Tus labios son un Tesoro
de Covarrubias, un Corominas
de una lengua urgente
que espera de lunes a viernes
lamerte el lomo
y hasta las definiciones en desuso;
pero los sábados
tus manos de papel barbado
mutan en diez pepinillos,
que con sólo su fragancia,
me alimentan hasta el domingo.
Tus puntos y tus comas,
aceitunas y alcaparras
que riega un perfume
de salmuera y vinagre.
Tus ojos, guindillas,
y tu aliento, perejil, cebollas,
pimientos, ajos y banderillas,
cuyo aliño es el aroma
que escondes en el lema inhalar.

EL AMARGOR QUE ME DEJAS

Quiero hacer un zumo
con los limones que usas por ojos.
Te torturaré, si es preciso,
con los peores chistes de mi
[repertorio.
Si no funciona, te recordaré
que en dos semanas tú partes a
[Italia
para siempre.
Y si me quieres, aunque sea un
[poco...
recogeré el aljófara que destilas
mejilla
abajo
para servirme un combinado
con el amargor que me dejas.

¿DE AMANTES A AMIGOS?

Es como cambiar de vecinos a
[enemigos.

BÉSAME,

ahora que sangre y recónditas
[flemas
inundan mi boca;
ahora que el ajo y las guindillas
[me saben
a banalidad.

Bésame,
ahora que un extraño mal me
[prohíbe
inhalar con
desmesura tu narcótico perfume.

Bésame,
ahora, porque entre delirios
[febriles
será un sueño
en el que el aire me quería comer.

Bésame,
bésame ahora que me sabes a nada,
o inventa un

placebo que pueda comprar en
[farmacias.

El cielo está a punto de llover
[sangre
y tú
no tienes paraguas.

Vamos, corre,
vete a casa
que tu chaqueta nueva
se puede estropear.

No,
no me beses así
que me dejas la mejilla
[inconsciente.

(Mejor no me beses).

Sí, sí, te juro
que me acordaré de traer tus
[cosas,
de ponerme la falda
y la sonrisa que tanto te gustan.

(Y de volver a nuestro rincón
y de darte coba

y enviarte un mensaje a deshora
que te diga:
«perdona niño,
se me ha hecho tarde»).

LA PUTA VENUS

La puta Venus vuelve a casa
con un pendiente de menos
y dos hostias de más.
Un borbotón de sangre corre
inocente entre sus piernas
y no lleva compresas.
Sade se las cambió por besos
verdes y morados. Por eso,
Venus, ya no cree en el amor.

TODO SE ACABA...

El bicarbonato,
puente de plata para las arañas
de la alacena.

La novela de Joyce
que hería las yemas de tus dedos
a cada intento.

La bola de naftalina
que, aburrida, consumía su
[esencia
queriendo ser perla sobre
[antiguos disfraces.

La paciencia y el anís,
que se ahogan en labios abstemios.

¿Qué acto de fe
no exigirá un «te quiero siempre»?

GRACIAS

Gracias por no despreciar mis ojos
antes de conocerlos
y por ser el único de todos
al que le gustaba comer
fresas y labios de niña
de vez en cuando.
Gracias también, por aceptarme
y por ser el lobo
que faltaba en mi cuento.

CATÁLOGO

EDICIÓN

ÁREA DE GOBIERNO
DE FAMILIA Y SERVICIOS SOCIALES
Dirección General
de Educación y Juventud

DISEÑO Y PRODUCCIÓN

Qenta Nova

DEPÓSITO LEGAL

X-XXXXX-2008